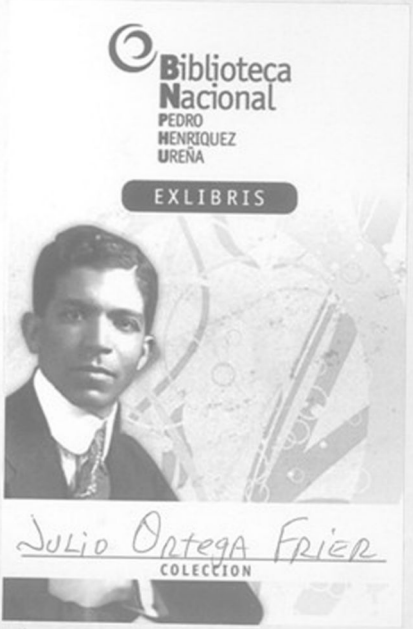
Amado Nervo Bido

PAGINAS SENCILLAS

5023
Biblioteca Nacional

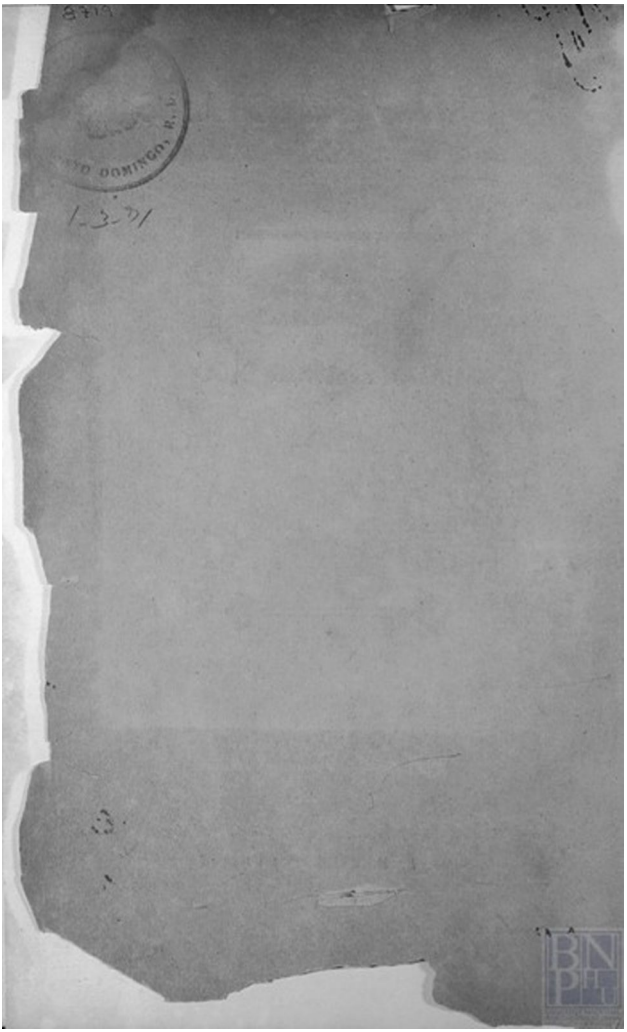

Biblioteca
Nacional
PEDRO
HENRIQUEZ
UREÑA
EXLIBRIS
Julio Ortega Frier
COLECCION

PAGINAS SENCILLAS

AMADO FRANCO BIDÓ

IMP. L. H. CRUZ. — SANTIAGO

1927.



Amado Franco Bidó

Para el Lcdo Ortega Frier
afectuosamente
el Autor

Santiago, Oct 21/1927

DEDICATORIA

A tí, madre mía, que con amorosos cuidados y saludables consejos formaste mi corazon, y con encomiable abnegaciòn diste doce hijos útiles a la Patria.

A tí, padre mío, que fuiste todo bondad, que como—única herencia—nos legaste los preciosos dones de tus virtudes y tu acrisolada honradez.

Y a ustedes, mis queridos hijos, también dedico estas Páginas, para que en todo tiempo, encuentren en ellas motivos con que fortalecer el espíritu, y contribuir al mayor auje y prestigio de la sociedad dominicana.

EL AUTOR.

BNPHU

BN
152.4
S25p

DOS PALABRAS

Lector: si eres jóven, si deseas merecer bien de la Sociedad, lee estas pájinas. La juventud necesita exhortaciones de esta índole que estimulen la voluntad y hagan llegar a sus oídos advertencias saludables que le muestren con toda su fealdad los vicios, los malos hábitos y los errores en que incurren muchos por ignorancia, por faltarles una voz a tiempo. Necesario es también señalarles la senda buena y animarlos con palabras de aliento.

Eso hace el autor de estas Páginas.

Si eres pedante, hipócrita, si no tienes la noble ambición de ser noble, de ser bueno, cierra este librito, porque en sus pájinas te encontrarás retratado de cuerpo entero.

No sé si debido a la ocupación americana, al Cine o a los bailes de moda nuestras costumbres se relajan y se pervierten y el autor de esta obra entiende que es noble y patriótico dar la voz de

Compra
Reg. No. 001787
BNPH

alarma que preserve nuestra juventud del exotismo fatal.

En escritos de esta clase, artículos para periódicos, la premura con que se escriben, generalmente hace que la forma no sea lo debidamente correcta. porque se atiende al fondo solamente, y después de todo, el autor no ha querido hacer obra de literatura sino de moral social.

No estoy muy de acuerdo con la psicología de ciertos tipos presentados aquí, porque en veces esos defectos y vicios que observamos, no son efectos ni del medio ni de la educación sino que obedecen a un déficit moral.

Es una verdad evidente que la educación por más esmerada que sea no puede dar dón alguno, sino desarrollar las facultades que el hombre posee en esta potencia.

Es lo qua sucede en el orden político: Si un individuo tiene vista débil se puede por medio del cuidado y de la higiene en la educación, desarrollarla y fortificarla; si carece de nervio óptico todo esfuerzo es inútil.

El autor de estas páginas es hombre práctico, su mano está en toda obra de progreso material en nuestro pueblo y ha creído conveniente completar su labor contribuyendo con su prédica a la reconstrucción moral de la sociedad; de ahí sus artículos en la prensa y ahora la colección de ellos para que no se pierdan como hojas que se lleva el viento.

ROSA SMESTER.

INTRODUCCION

Considero un atrevimiento de mi parte presentar éstas Páginas, por carecer ellas de las condiciones literarias indispensables que hacen un buen libro; pero las sùplicas reiteradas de numerosos amigos y padres de familias, insinuándome recopilar en un volúmen esta serie de artículos, dados hace poco a la prensa diaria, me han decidido, y al fin lo presento al pûblico sin más aspiraciones que las que me inspiraron esas pàginas, en interés de detener la corriente viciosa que viene imponiéndose y que de continuar así producirá la desaparición completa de nuestras viejas costumbres, ésas que constituían la mayor felicidad de nuestro pueblo.

Escritas en lenguaje sencillo, de fácil comprensión para todos, es posible que obtengan algún buen resultado en cuanto al propósito que me anima. Si así resultare será inmensa mi satisfacción!

Apesar de todo, abrigo dudas de éxito, porque

la juventud descarriada y los viejos desordenados, acaso leerán estas páginas con verdadero desagrado y repulsión, considerándolas como grosero insulto no solo a sus vicios y malos hábitos, sino también a la sociedad; pero felizmente me anima y conforta la seguridad de que el poderoso núcleo de padres de familias—que constituye la sociedad dominicana—interesado en el bienestar de sus hijos queridos, las leerán con amor y se esforzarán por sacar de ellas resultados beneficiosos. Y con ello bastará para que queden cumplidos mis propósitos de bien y colmadas mis más grandes aspiraciones de felicidad general.

LAS SOCIEDADES

En todos los pueblos de la tierra existen las sociedades, y en cada uno de ellos más o menos regularizadas, según su progreso en sus diversas manifestaciones, contribuyendo al mayor auje del adelanto positivo, y sobre todo al mantenimiento de las buenas costumbres.

Los pueblos no han podido conformarse nunca con lo que a su favor puedan realizar sus gobiernos respectivos, porque los gobiernos en todas partes, no piensan ni hacen otra cosa que estacionarse y perpetuarse en el poder; y en esa lucha de politiqueo constante, les falta tiempo y recursos para ir en ayuda de las sociedades que siempre han estado menesterosas de verdaderos y generosos propulsores.

Apesar de que así sucede en todas partes, las sociedades prestan al mundo entero apreciables servicios, porque se debe únicamente a ellas, el estado de cultura, progreso y de bien social de que se disfrutan, y la prosperidad efectiva de que gozan los pueblos resalta más, cuando se despliega mayor interes y amor por la

estabilidad de las sociedades en sus diferentes organismos, reguladores de la vida de esos pueblos.

Y casi siempre se juzga y aprecia el valor de ellos tomando como base el estado de cultura de sus sociedades donde parecen descansar de un modo sólido y firme, las condiciones necesarias para el buen gobierno y las imprescindibles para mantener la mayor armonía que debe reinar entre los asociados.

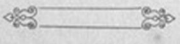
La labor de las sociedades ha sido siempre tan intensa como provechosa, de incalculables beneficios, de los cuales se disfruta abundantemente. Hay países organizados donde las sociedades han alcanzado el mayor grado de perfección, pero en cambio existen otros, donde por negligencia de sus habitantes se encuentran en estado incipiente, produciendo ese descuido, esa inacción en que se vive, el estancamiento de tan poderosa fuerza para el desarrollo del bien general a que todos debemos aspirar.

Entre nosotros, si es verdad que las sociedades se han perfilado un poco de modo meritorio, y han hecho bastante por el mejoramiento social, es cierto también, que lo realizado no corresponde del todo a la aspiración general, que anhela mejor vivir y mayor interés por la conservación de nuestras morales costumbres, que con un poco más de buena voluntad y de amor, se obtendría satisfactorio resultado, y entonces no habría motivos para lamentar las deficiencias que frecuentemente se advierten y se comentan con lastimosas acriminaciones.

Prestemos a las sociedades la más decidida ayuda y la cooperación más eficaz, para que su labor pueda ser cada día de mayores bienes para todos; pero de modo que nadie se quede rezagado e indiferente. Así cumpliremos con uno de los más sagrados deberes que nos impone el terruño en que vivimos, y a la vez conjuremos los males

que pretendan desconcertar las sociedades y convertirlas en caos de disolución, defendiéndolas además de sus enemigos naturales.

Los fines que se han impuesto las sociedades deben cumplirse con la ayuda entusiasta y decidida de todos y por cada uno de sus organismos en sus determinadas tendencias y propósitos, con laudable e incansable consagración unánime para alcanzar pronto la más aproximada perfección de cultura, que pueda brindarnos el anhelado bien social que tanto necesitamos, para de ese modo obtener la deseada regeneración y contribuir como nos lo exije el deber, a la reconstrucción nacional.



LAS MADRES

En nuestro medio ambiente parece existir como únicos deberes y atribuciones de las madres atender y cuidar al niño durante la lactancia y mientras crece, hasta llegar a la adolescencia o juventud, que careciendo en esa época de experiencias, falto de razón y de oportunas observaciones, está expuesto a caer frecuentemente en extravíos que conlleven funestos resultados, y desgraciadamente cuando se llega ahí, cuando debía entonces duplicarse los cuidados y los sanos y saludables consejos, parece concluir la misión delicadísima que la Providencia ha encomendado a la mujer consagrada como madre, dando origen esas deficiencias a malos hábitos y costumbres extraviadas, de que adolece la mayoría de nuestra juventud.

La madre de familia instituida como sacerdotiza del hogar, no debe nunca considerar como terminados sus deberes y atributos, pues mientras el hijo vive bajo el techo paternal, está la madre obligada a prodigar con abundancia sus cuidados, atenciones y consejos, sin descuidarlos un solo instante, porque de ese modo únicamente podría la madre dejar cumplidas beneficiosamente las delicadas actuaciones que en la vida le han sido señaladas para ser atendidas con amorosa solicitud.

Mientras el niño crece hay necesariamente para fortalecerlo, que mantener sobre él predica cons-

BNPHU

tante en palabras y ejemplos de sana moral, de modo de ir formando gradualmente la conciencia y el corazón del que deberá ser en el futuro útil ciudadano o ejemplar y virtuosa madre de familia; sin esa consagración que consideramos obligatoria en la madre, el niño que pudo alcanzar la màs perfecta educación, resulta desde su pubertad enfermo, predispuesto a contraer fácilmente los innumerables vicios de que está llena la sociedad.

Las atenciones de las madres no deben descuidarse jamás, para que los hijos agradecidos puedan tenerla en todo tiempo como amable y predilecta consejera y logre ella hacer desaparecer oportunamente cuantos errores o tendencias desfavorables puedan alguna que otra vez arraigarse en sus corazones; procediendo así se evitaría que nuestros adolescentes, antes de tiempo se crean disfrutar de una libertad mal entendida que les perjudica notablemente y que los predispone a adquirir resabios y vicios que los inutilizan por completo, y quedaría evitado también que nuestras jóvenes atraídas y seducidas por el lujo llegaren a hacer alarde y ostentación cuando quizás no están en condiciòn sus padres de soportar esas erogaciones, de andar solas con sus novios, de mantenerse pintadas, llevando consigo a todas partes el carmín con que frecuentemente pintarán sus labios, de adquirir y conservar perniciosas o malas amistades, de sentarse con las piernas cruzadas, de reir a carcajadas en parques, calles y reuniones y otras muchas vulgaridades, que en vez de constituir atractivos en la mujer, no hacen más que inspirar desprecio y compasión.

Es deber de las madres convencer a los hijos que de nada sirven ni valen las fatuidades de la vida, que no basta tener buenos sentimiedtos si se demuestra lo contrario, que mientras se repudia la ostentación se debe amar la sencillez, y que los modales humildes y correctos en la juventud y especialmente en la mujer, constituyen el mejor adorno y la hacen merecedora del aprecio y la admiraciòn general.

LA PEDANTERIA

No es una enfermedad existente únicamente en el país, es de carácter mundial, y en todos los tiempos y en todos los países ha existido esa especie del género humano mereciendo el desprecio general por ser considerados en todas partes como verdaderos estorbos públicos para el desenvolvimiento de la Sociedad.

La pedantería se presenta frecuentemente en el hogar, en la familia, en la Sociedad en la escuela y la política y donde quiera constituye y realiza obra malsana, completamente perjudicial y nociva a toda idea de bien y de moralidad.

En el hogar, el hijo pedante se cree superior a sus hermanos y a veces hasta a sus mismos padres. Su modo de ser origina el más completo desorden en la familia, pues en la creencia de ser superior a todos, mantiene en el hogar—que le formó— completa anarquía, llegando al extremo de creer que nada absolutamente debe a sus padres. En la familia se mantiene alejado, porque se considera por encima de cuantos forman el

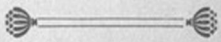
núcleo de la famiia. En la Sociedad es una calamidad porque creyéndose de mejor origen y de mejores cualidades que los demás asociados, mantiene completas desavenencias que originan eterno malestar entre los que debia existir la mayor cordialidad, y aunque su personalidad surgiera del fango, mantiene terrible anatema contra los humildes, porque los cree inferiores por todo concepto, a los que como él piensan y son vanidosos y pedantes. En la escuela, ningún alumno es más aprovechado ni más estudioso, y aunque sea el último en el curso, siempre se creerá el primero de los estudiantes. En la politica es donde desgraciadamente abunda más este tipo vulgar; y no bien alcanza el favor de algún cargo pûblico, se infla de igual modo que el pavo real; no conoce a nadie, no es posible dirijirle la palabra sin obtener contestación altanera, violenta y descompuesta; nadie mejor que él ni mejor funcionario. el primero habido y por haber y las calles resultan estrechas para el tránsito del magnate engreido, y cuando mira hacia el público o al pueblo, le parece mirar una manada de enanos, porque robusto, grande, sabio y valiente sólo él y nadie más, y ay del infeliz que cándidamente se lanzara a desaprobar cualquiera de sus actos, de seguro que seria cuando menos descuartizado, porque tal es el odio y el desprecio que le inspira la inferioridad que atribuye a los demàs.

La pedanteria no se adquiere, ella nace con el individuo, y a medida que va desarrollando toma formas la enfermedad, y se hace manifiesta en su plenitud cuando se disfruta de completo discernimiento. Existen quienes reconocen a tiempo sufrir de ese mal y realizan esfuerzos para dominarlo, pero nada logran conseguir porque el mal nació consigo o es innato en la persona; pero mientras algunos se esfuerzan por disminuir u ocultar el mal de que sufren, tratando de suavizarlo o moderarlo, otros realizan labor contraria y dominados por tan terrible mal proceden y

BIBLIOTECA

viven satisfaciendo la enfermedad y nada ni nadie logra detenerlos en la realización de hechos que conllevan el atropello más procaz para producir sólo el empequeñecimiento de su prójimo.

El modo de destruir la pedantería es fácil y sencillo pero en su oportunidad, en la infancia, que es cuando mejor y a tiempo se puede cortar tan funesto mal, cuando se llega a grande, cuando el mal ha prosperado y echado hondas raices, entonces no hay más remedio, que adquirir paciencia abundante, para tolerar y soportar sus impertinencias.



LOS INEPTOS

Entre las muchas calamidades que sufrimos y que originan el eterno malestar que predomina de un modo alarmante en la sociedad, figura en primer término la labor disociadora de los ineptos que sin capacidad para nada absolutamente, aparentan ser de utilidad y de excepcionales condiciones para todo, porque el inepto no se rinde ni jamás confiesa su incapacidad. No sabe ni conoce de nada y sin embargo asegura saber y conocer de todo. Engañando de ese modo vive satisfecho y ríe y hace burla de los que se esfuerzan por adquirir conocimientos y prácticas suficientes para hacerse idóneos y capaces.

No conoce de pedagogía y hace alarde de ser un gran pedagogo, y la enseñanza en sus manos en vez de prosperar retrocede; desconoce la economía política en absoluto y demuestra ser un financista de primer orden, y la administración bajo su dirección resulta un desastre; y así, en todo, pretendiendo de manera audaz ser lo que no puede, desde lo más sencillo hasta lo más

complicado y enojoso. Cree engañar y solo logra engañarse a sí mismo, porque a pesar de que la audacia le permite llegar hasta donde muy pocas veces llega la idoneidad, los ineptos son perfectamente conocidos en todas partes según sus diversas manifestaciones, y de ellos se tiene siempre el concepto merecido.

Si el inepto reconociendo su incapacidad se quedara en casa, conforme hasta donde fuera posible con sus escasas facultades, se evitarían muchísimos trastornos y calamidades que frecuentemente se suceden debidos a sus intransigencias.

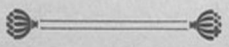
El inepto regularmente habla mucho, porque parece creer que hablando así engaña más fácilmente o consigue con mas facilidad la realización de sus planes; sobre todo acciona demasiado en su conversación, con ademanes y movimientos que lo dan a conocer en seguida. Y mientras él cree que con esa palabrería y las muecas que hace para hablar, lo consigue todo, se sabe ciertamente que lo que alcanza es solo por su audacia y nada más.

Cuanto se confía a manos del inepto se expone a malversarse o perderse totalmente, por lo mismo que carece de conocimientos y de cualidades necesarias para poder llenar debidamente su cometido. Ocurre lo mismo en el trabajo material e intelectual, produciendo errores o torpezas que echan a perder la cosa más sencilla. Aferrado a la manía de pretender hacer lo que no puede, discute, alega y trata de convencer que lo que hace es bueno, aunque esté demasiado visible la malversación, los errores y las torpezas por él cometidas, y nadie logra convencerle, porque mientras más se le discute más aferradamente se le oye alegar.

De esa terquedad y audacia de los ineptos ha dependido siempre la mala administración en todos los órdenes, resultando dinero perdido las sumas que se invierten en cuantas instituciones, cargos y funciones se les confían. Sus fracasos resultan interminables, porque a pesar de que se

reconoce como útil y provechosa la capacidad, de modo constante se prescinde de ella en favor de los ineptos, y de seguir así las cosas el mal no desaparecerá nunca, y el inepto, el incapaz, estará siempre por encima de la idoneidad, sin que sea suya la culpa de ese malestar, sino de los que dirijen, que no saben ni han sabido jamás realizar la selección que se impone, distinguiendo lo inútil de lo útil, lo provechoso de lo infructuoso. Quizás se haga esto intencionalmente para producir el desconcierto o la confusión que tales cosas originan, porque conviene así, de ese modo, a determinados intereses.

Mientras los hombres que dirijen la sociedad, carezcan de las condiciones indispensables para realizar la selección de los elementos que han de establecer las sanciones públicas, poniendo a cada cual en el puesto que le corresponde, mientras no suceda así, la sociedad quedará estancada, sin que pueda evolucionar, ni impulsar siquiera el mejoramiento que tanto se anhela.



BNPHU

LA HARAGANERIA

Ha existido siempre disparidad en la creencia de si la haraganería nace con la persona o si es una enfermedad que se adquiere en el desarrollo; pero de cualquier manera que sea su origen, es una enfermedad en extremo deplorable; porque condena a los que la padecen a una inacción qua los imposibilita por completo para poder llenar cumplidamente la misión que nos impone la naturaleza, y a una inercia que los convierte en inútiles y desgraciados.

Sea como fuere el origen de la haraganería, ella principia a manifestarse tan luego como el niño adquiere la edad para comenzar a caminar y es entonces cuando se presenta la ocasión para constatar la existencia del mal o su predisposición para adquirirla, y mientras el niño viable o perfecto no bien alcanza la edad de caminar, principia a mudar pasos y más luego emprende a correr, el niño enfermo de haraganería llega su época de caminar, pasa un año, pasan dos, y otro y otro y no se atreve a mover siquiera

las piernitas, y cuando se decide a mudar el primer paso, es porque ya desesperados y avergonzados los padres de tenerlo cargado siendo fuerte, le obligan con energía y amenazas a dar los primeros pasos, y a fuerza de lucha constante logran los padres, con grandes esfuerzos conseguir que principie a caminar. Mientras todos los niños corren y saltan, el haragán apenas se mueve del sitio donde lo sientan.

Y así, pesadamente, sigue creciendo hasta llegar a la edad de ir a la escuela, y para conseguir que concurra a las aulas hay que realizar esfuerzos supremos. Llega siempre más tarde que los demás niños, y en las clases todos los alumnos contestan rápidamente las preguntas del maestro, menos el haragán que para abrir la boca necesita de largo tiempo y en bostezar y en estirar los brazos y las piernas pasa las horas. Mientras los otros niños se aprovechan de las clases, el haragán pierde el tiempo miserablemente.

El fracaso en la escuela obliga a los padres a pensar para el hijo haragán en un oficio, y entregado a un maestro de carpintería, por ejemplo, comienza el aprendizaje, desde luego con grandes dificultades; el galopín, el martillo, el serrucho, resultan herramientas de trabajo sumamente pesadas, de difícil manejo, por lo que se decide a cambiar de oficio, y de cambio en cambio, recorre todos los oficios, sin aprender nada absolutamente en ninguno.

Crece, y ya hombre, sin conocer lo más indispensable para la vida, está condenado a llevar vida de idiota y de inútil sin poder contribuir ni servir para nada y en ese estado de inacción pasa la vida hasta que le sorprende la muerte.

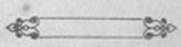
A grandes rasgos éste es el principio y el fin del enfermo de haraganería, correspondiendo a los padres o tutores de niños que se manifiestan predispuestos a tan triste enfermedad, poner toda su atención y todo su cuidado para cortar eficazmente el mal en su comienzo y poder convertir los niños haraganes en despiertos y ágiles, con buena

BNPHL

alimentación, con buenos ejercicios y prácticas físicas que produzcan su más completo desarrollo.

En la niñez todos los vicios y todas las enfermedades de esa especie pueden ser fácilmente corregidos con el amoroso cuidado de los padres o tutores, pero si en vez de preocuparse por la salud del niño se muestran indiferentes, entonces la criatura crece y a medida que va creciendo se va desarrollando con más incremento cada día la enfermedad resultando completamente inútil para la vida y la sociedad.

Quizás produzcan para algunos risa o burla, las presentes líneas, por no creer en la influencia de detalles tan insignificantes en el desarrollo del niño, justamente por la poca o ninguna atención que jamás ha merecido; pero personas observadoras que han procedido en tales casos como indicamos, han experimentado la inmensa satisfacción de convertir en niños útiles a haraganes de incierto porvenir.



LA HIPOCRESIA

Nada en la vida màs perjucial ni de más funestas consecuencias que la hipocresia, porque la mayoría de los males de que sufre la humanidad, tienen su origen en esa despreciable enfermedad.

Aparenta ser el hipócrita una mansa oveja, incapaz de hacer el más mínimo daño, y sin embargo tiene instintos de fieras y es capaz de hacer todo el mal imaginable. Frecuentemente se presenta suave, delicado y complaciente con una afabilidad que raya en servilismo, y casi siempre con voz afeminada, ténue, casi apagada, dispuesta de ese modo para alcanzar el logro de sus planes y propósitos.

El Estado, la Sociedad y el Hogar, estan constantemente amenazados por los hipócritas. La dirección en manos de ellos, en cualquier asunto, produce el malestar más desastroso, de resultados completamente negativos.

En la dirección de la cosa pública, vemos a los hipócritas proceder sin escrúpulos, prometer lo que no pueden cumplir, pactar y firmar convenios

que horas después burlan con facilidad, predicar todo lo contrario de lo que piensan y practican, y de ese modo mantener envuelto entre sus redes a cuantos incautos se dejan seducir por la habilidad de su fraseología mentirosa.

Como en la política el más osado o el más listo, atrae siempre a su lado grupos de imbéciles, es ahí donde el hipócrita alcanza el más completo éxito, porque los grupos de imbéciles, toman a su cargo la triste misión de propagar a los cuatro vientos las falsas y engañosas cualidades de su favorito, obteniendo para él dones especiales y rimbombantes títulos de honorable, ilustre y benefactor, no teniendo ninguna de esas bellas cualidades, tras lo cual, no hace otra cosa que ocultar sus malas condiciones, que de ser conocidas, le inutilizarían para el desempeño del más insignificante cargo, y con la careta de la hipocresía hacer creer que es bueno, con capacidad para realizar obras de bien, y sin embargo, es perverso y si algo hace, no es otra cosa que producir la maldad con lo que parece gozar de un modo extraordinario. Como los políticos en en el poder, disponen casi siempre de la fuerza a su antojo, la fuerza en manos de políticos hipócritas, resulta un peligro por cuanto qùe éstos la emplean en la realizaciòn de hechos deprimentes, coercitivos y tiránicos.

En la sociedad son los primeros y los mejores. Nadie piensa mejor que ellos, ni a nadie se le admite mayores condiciones para colaborar por el mejoramiento social a que se aspira, manteniendo la anarquía en vez de contribuir a producir la armonía y la prosperidad de que viven anhelosas nuestras sociedades, estando prestos a provocar desòrdenes sociales que parecen interesar y satisfacer más a su agrado de enfermos perniciosos. La falta de sinceridad del hipócrita hace imposible la perdurabilidad de las buenas relaciones que en todo tiempo deben existir entre los componentes de las diferentes agrupaciones

que integran la sociedad.

En el hogar su labor es más dañosa. Criaturas que debían levantarse en medio de ejemplos sanos, sinceros y morales, se forman siguiendo con exactitud los modales y procederes hipócritas que han visto constantemente en el autor de sus días, en el jefe de la familia, por la cual causa, los hijos de los hipócritas resultan más enfermos de tan terrible mal, que sus mismos padres, dándose el caso frecuente de que hijos sobresalgan a sus padres en hipocresía, y por lo mismo resulten más inútiles y perversos.

Hay que predicar y practicar la sinceridad, la lealtad y la honradez, cualidades indispensables para ser persona de bien y contrarrestar la maléfica influencia de la hipocresía, que por falta de correctivo se ha propagado tanto, al extremo que pretende invadirlo todo y ser árbitro único en cosas que nos pertenecen porque son de todos.

LA ADULACION

El adulador es un tipo completamente vulgar, necio e intruso, que para satisfacer sus instintos despreciables se arrastra miserablemeute, y llega a tal extremo en su adulaciòn, que es capaz de todo, sirviendo desde mandadero hasta la realización del crimen, si asi se le exigiere. Se puede asegurar sin temor de sufrir equivocación, que la mayoría de los males que se han sufrido, los que se sufren y los que se sufrirán en el futuro, son y serán producidos por la adulación, que es sin duda alguna el más funesto de todos los resabios y malos hábitos.

La adulación no es una cosa nueva, ella existió siempre y siempre fué funesta dando origen a persecuciones de victimas inocentes. Entre nosotros existía; pero jamás en proporciones tan considerables como en la actualidad, por esa facilidad que existe hoy más que nunca para emprenderla con las seguridades de obtener el más completo éxito. Los que sufren del defecto

de la adulación llegan ya a extraordinaria cantidad. Son hombres que viven en la creencia de que es posible ejercitarse en ella sin que sufra perjuicios ni alteración alguna el buen nombre de su persona, creyéndola cosa natural y hasta obligatoria para alcanzar los favores y atenciones de las personas aduladas. Piensan además imposible ganarse el pan si no es solicitando el trabajo por medio de la adulación, y hay quienes adulen solo por el hábito de adular o por manía, sin pretender favor alguno y solo por el prurito de agradar y complacer. Los que persiguen algún fin, pueden alegar como excusa su anhelo de mejorar, pero los que nada persiguen, los que adulan sin provecho, resultan más degenerados todavía.

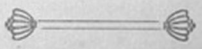
El adulador no se preocupa porque la persona a quien necesita adular sea insignificante o una persona cualquiera, porque precisamente cuando la persona que desea explotar es de esas condiciones, es cuando más seguro tiene el logro de sus propósitos, y por esa causa, frecuentemente la adulación endiosa a personas sin ningún valor y sin ninguna representación, convirtiéndolos de pigmeos en elefantes y de inútiles en expertos o eficaces, con aparente condición de utilidad. En la política es donde más se pone en juego o en práctica la adulación, alcanzando por ese medio cargos y distinciones que no alcanza la idoneidad y la honradez. Por ese motivo abundan tantas incapacidades en los cargos públicos, porque son los únicos que están prestos y listos para realizar las más inícuas complacencias, y porque quienes debían despreciarles ponen atención a sus halagos y complacen sus apetitos, por lo que en vez de disminuir, aumenta cada día la legión de aduladores, por el convencimiento que se tiene de que es ese el medio más fácil y rápido para conseguir lo que se desea, y porque invocando la capacidad y la honradez no se llegaría al fin deseado.

La vanidad de que se sufre de un modo gene-

ral, es precisamente la que ha dado lugar al crecimiento de la adulación, por lo mucho que a la vanidad agradan y regocijan los halagos y complacencias.

El adulador, en la amistad y en lo político tiene por costumbre no contradecir sino robustecer, cuanto diga u oiga decir de labios de quienes interese sacar algún beneficio, y de ese modo consigue inspirar confianza y obtenida ésta, la realización de sus planes. Antiguamente la adulación era ejercida por personas de poca o ninguna significación que se consideraban como seres despreciables, pero hoy resulta todo lo contrario: las personas humildes son siempre sinceras, y los que ejercen la adulación sin miramientos y sin escrúpulos, son en su mayoría letrados, personas que por su posición social eran consideradas como personas decentes, lo que demuestra que se ha llegado a un extremo demasiado viciado que destruirá nuestras sanas costumbres de antaño.

Es tan despreciable la adulación y es de resultados tan funestos, que nos obliga a abandonar la apatía o la indiferencia en que vivimos, para contrarrestar la perturbación que se ha sufrido, que parece amenazar con destruir la armonía social, que de todos modos estamos obligados a mantener.



LA AMBICION

Hay quienes odian la ambición considerándola funesta en cualquiera de sus manifestaciones, y sin embargo existen otros muchos que la aman y la veneran, y se declaran sus decididos simpatizadores, por creerla medio fácil para colmar las más exajeradas aspiraciones. Esa diversidad de apreciaciones demuestra que existen dos clases de ambición, una para alcanzar la realización de honrosas aspiraciones, y la otra puesta en práctica con fines deshonestos, por encima de perjuicios ajenos. De todo, se deduce que la ambición es codicia cuando la inspira la sed de oro, ese anhelo constante y vehemente de llegar por cualquier medio a la cumbre y allá saciar por completo deseos y apetitos.

La ambición de gloria resulta escasa, porque son muy pocos los que, impulsados por nobles sentimientos, persiguen levantados ideales, que una vez cumplidos redundarían en gloria para la patria y la familia. Los gestos de altruismo, apesar de que se pueden evidenciar en diferentes

formas, de méritos indiscutibles, no son frecuentes; solo de tiempo en tiempo es que suelen realizarse, y por lo mismo se consideran como fenómenos sociales. Cuando se manifiesta se rodea entonces de singulares simpatías a la persona que lanzare la buena idea o realizase la obra meritoria o encomiástica, porque el pueblo, esa masa que poco se preocupa de las necedades, sabe juzgar y apreciar con merecidas simpatías a quienes elevándose sobre el nivel común, sustentaren ideas y forjaren obras de bien general. Y a pesar de que de ese modo se establecen distinciones, resultan de reducido número los que así proceden, porque es más fácil destruir que construir, y para realizar el mal o destruir el bien existen siempre mayores facilidades y numerosos cooperadores, mientras que el bien es y será eternamente de difícil realización, por lo mismo que generalmente se está más predispuesto para el ejercicio del mal. Lo bueno es manjar delicioso que no todos saben saborear y que para poderlo digerir, se necesita poseer alma delicada, repleta de esquisitas ansias de bien, que no todos tienen ni todos saben sentir ni comprender. La ambición de gloria para sí, para el prójimo o para la Patria, es digna de la mayor admiración y ojalá surjieran por doquiera centenares de almas enamoradas, sedientas de gloria, que si lograren alcanzarla, llenarían de inmenso regocijo y renombre el suelo de la Patria.

La ambición vulgar, la que repudia el bienestar ageno, eterna enemiga de la virtud y el bien, la que para alcanzar lo que se propone, le importa poco, o no tiene en cuenta los perjuicios que ha de producir, ni le detienen medios ni formas para llegar a donde aspira, la que para obtener su satisfacción, si es necesario el sacrificio de víctimas inocentes, lo consuma sin piedad y sin escrúpulos, esa ambición es y ha sido siempre un obstáculo para el triunfo de las buenas causas.

Dos aspectos completamente distintos nos presenta la ambición: uno hermoso, radiante de

belleza, porque nada mejor en la vida que ambicionar constantemente la inmarcesible gloria. Dichosos quienes por ese camino, persiguiendo un ideal, en las artes, en las ciencias o en las letras, logran alcanzar la victoria. Y loados mil veces así mismo los que viven ambicionando el engrandecimiento del suelo que les vió nacer! El otro aspecto, el repugnante aspecto de la ambición vulgar, pretendiendo el disfrute del bien ageno, que lo quiere todo por encima de su prójimo, que aspira lo que no puede aspirar por carecer de calidad, condtción y capacidad, resulta odioso, indigno, detestable.

Seamos ambiciosos, pero ambiciosos de bien y de gloria, que ello es enaltecedor. Y despreciemos siempre como lo merece al ambicioso vulgar, eterno enemigo de la honra, de la dicha y del bienestar ageno.

LA MUJER CELOSA

Los celos se apoderan frecuentemente, tanto de la mujer soltera, como de las casadas, manteniéndolas enfermas y desesperadas y a veces produciéndoles la muerte. Y como resultan tantas las que viven padeciendo de tan terrible mal hay motivos más que suficientes para considerar la pasión o locura de los celos como verdadera calamidad social.

Si se apodera de una joven soltera, infunde en su amante completa decepción y lo aleja y ahuyenta de tal modo, que imposibilita toda conciliación, y si perdido el primer amante contrae nuevos compromisos amorosos, los va quebrantando sucesivamente hasta que debido a sus celos le sorprende la madurez de la vida, y ya entonces JAMONA o vieja y de ÑAPA celosa, no hay quien solicite sus afectos, y es cuando puede advertir que los celos han producido su infortunio o su desgracia; pero como resulta inútil ya abandonar la terrible pasión o locura para adquirir el último amante, cae aturdida por el convencimien-

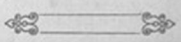
to de que en el resto de su vida, por debilidad de carácter, sólo podrá servir de resabiosa beata o para hacerse monja de algún asilo, convento o casa de beneficencia. La joven que pudo ser amorosa y tierna compañera de cualquiera de sus amantes, arrastrada por la desesperada locura de los celos, se ve condenada de un modo infalible a eterna orfandad de cariños, de hogar y de hijos .... Y si terrible fué la juventud deslizada en medio de inquietantes celos, angustiosa será la vejez en completa soledad.

En la mujer casada los celos tienen dos aspectos, uno medianamente aceptable, pero el otro imperdonable. La mujer casada, sin hijos, que corresponde al primer aspecto, careciendo en absoluto de los encantos del hogar, de las criaturas que constituyen la mayor preocupación y el más puro de los afectos para las madres, dedica todo el tiempo de su vida a practicar los celos, aparte de los constantes dolores de cabeza que le produce á su marido. No existe una sola persona de su sexo que no sea considerada por ella como su más temible rival, y todas, absolutamente todas, a su juicio enfermo, pretenden conquistar a su infeliz esposo, y éste, decepcionado y triste por tan adversa suerte, no bien entra al hogar, que al constituirlo soñara de eterna dicha, sale precipitadamente de nuevo envuelto en cruel desesperación. Y como consecuencia final de tan desordenado vivir, el matrimonio sin hijos, impulsado por los celos, se entrega en brazos del divorcio, y la unión que se juraron dos almas se deshace tristemente!

En la madre de familia los celos no tienen justificación de ninguna clase y nada absolutamente es aceptable como excusa, la madre como matrona del hogar a cuyos cuidados amorosos están confiados sus hijos, no debe nunca abandonar tan sagrados deberes para entregarse a la práctica de los celos, porque ellos por sí solos, además de los rozamientos y desagrados, que con ese motivo se suceden frecuentemente entre

los cónyuges, constituyen ejemplos perniciosos de funestas consecuencias para los hijos. La tranquilidad y el sosiego del hogar, en paz, completa o aparente, se trueca en un verdadero infierno, y la madre, la que en todo tiempo debe ser tierna y dulce compañera para el esposo y amorosa, suave y tierna para los hijos queridos, no debe permitir por debilidad ser víctima de los celos, que destruyen su salud, aniquilan su persona y convierten el hogar en un infierno.

Inmenso bien se haría a muchas jóvenes y madres, víctimas de tan funesto mal, si nuestras sociedades femeniles en interés de aliviar o mejorar la vida de la mujer, emprendieran la campaña de combatir esos y otros males que la hacen infeliz; pero que con una bienintencionada y saludable prédica serían convertidas en felices y dichosas.



BNPHU

LAS VIEJAS COSTUMBRES

Entre los muchos defectos de que adolece la Sociedad, ninguno más funesto ni perjudicial que la imitación. Si se imitara lo bueno, las virtudes y las buenas maneras, entonces sería meritoria, ennobiecedora y digna la imitación; pero ocurre precisamente lo contrario, que la facilidad de imitar es casi siempre para todo lo malo. Las costumbres antiguas que siempre revistieron la mayor seriedad y moralidad, esas no se siguen ni se imitan porque según la actual generación resultan añejas y en desuso completo por su antiguedad, y lo que se impone a seguir, son las nuevas costumbres por exajeradas o inmorales que sean, porque son modernas, al día con la moda, el lujo y el progreso del siglo, que equivale al suicidio moral.

Hasta hace poco nuestra juventud de ambos sexos, se esmeraba en vestir con seriedad, en caminar pausadamente y en accionar, hablar y proceder con corrección tal, que imprimía a la vida el sello de la más completa moralidad; y

cuando alguien pretendía introducir innovaciones perjudiciales, en seguida se presentaba la reprobación general, no dando tiempo a que prosperara lo que podía producir perjuicios a las buenas costumbres, y en conservarlas intactas, consistía la mayor preocupación, y porque así se vivía, la vida resultaba agradable y de gratas satisfacciones para los jefes de familias. Se tenía como orgullo vestir y proceder modestamente, con escrupulosa seriedad, y esa costumbre producía respeto, consideración, vida dichosa y feliz.

Poco a poco se han ido introduciendo innovaciones en el vestir, en el hablar, el caminar, y en el modo de ser en general, que han hecho desaparecer totalmente nuestras viejas costumbres, esas que tanto amábamos por buenas, sencillas y morales, y que orgullosamente conservábamos, son hoy sustituidas por las modernas, provocadoras e incitantes, denunciadoras del descenso moral que se ha sufrido en todos los órdenes.

Al templo se iba antes a orar solamente, hoy se va a exhibir trajes, enseñar dientes, prodigar sonrisas y contemplar novios; al parque y lugares de recreo y esparcimiento se iba acompañado de personas mayores en determinados días, hoy se frecuentan esos sitios todos los días y a todas horas, sin acompañamientos respetuosos. Se bailaba de tiempo en tiempo y se prefería la cadenciosa danza criolla y los bailes de figuras; hoy el baile ha sufrido extraordinaria transformación: se baila todas las semanas por no decir todos los días, las piezas criollas no se usan, esas no sirven; valen y sirven, el danzón cubano y el fox-trot norteamericano, y la corrección en el bailar de otros tiempos, ha sido sustituída por meneos y contorsiones que escandalizan y pervierten.

Las costumbres criollas, que desde pequeños supimos admirar y amar, han ido desapareciendo de tal modo que ya de ellas solo nos queda el recuerdo, porque el modernismo lo ha invadido y transformado todo, amenazando de muerte el

arraigado prestigio de las virtudes en que siempre fué cimentada la familia dominicana.

El mal ha echado hondas raíces y no podrían destruirse y modificar sus efectos, si no se agrupan, para contrarrestarlos, los padres de familia con la decidida ayuda de los Centros Sociales, de las Escuelas y la prédica constante de los sacerdotes, a fin de establecer el dique que detenga la corriente viciosa, que pretende echar al olvido nuestras morales costumbres antiguas.

Porque pareció siempre una sencillez la introducción paulatina de costumbres extrañas, han llegado las cosas al extremo en que hoy están, y si no ponemos la atención necesaria exijiendo de hijos y hermanos la moderación y la seriedad de antes, llegará el momento en que habrán desaparecido por completo y para siempre las costumbres nacionales.

EL PODER DE LO FALSO

Se ha materializado tanto la humanidad, que sólo se tiene como valor intrínsico lo que únicamente representa un valor material. Si se pensara así respecto de las cosas, perfectamente, porque cada cosa debe valer lo que represente, pero extendido ese modo de apreciar las cosas a las personas, constituye una errada apreciación, porque si al referirse a las personas se tuvieran en cuenta las cualidades morales que le adornan y de acuerdo con esas virtudes se apreciara su calidad y su condición, entonces sería meritorio; pero desgraciadamente el valor personal, generalmente no se establece por la virtud de las acciones y del modo de vivir, sino que se juzga de conformidad con las apreciaciones, o con lo que se pueda tener en el banco o en el bolsillo o en la heredad.

Los más piensan y proceden de ese modo y sin ambajes declaran que cada cual vale lo que tiene, que si un peso se tiene, esa suma resulta ser el valor intrínsico de su poseedor. Los menos, piensan todo lo contrario, que de nada sirve ni

vale tener un peso o una moneda cualquiera, si las cualidades y condiciones morales de quien lo tenga, no están ajustadas a la más estricta moralidad, con disposiciones suficientes para realizar el bien. Los primeros piensan erradamente, y los últimos apesar de ser los menos son los que ciertamente están en lo justo y lo cuerdo.

De tumbo en tumbo, como ha ido siempre la humanidad en su desorientado camino, cree equivocadamente que no importa ser un perverso si se tiene dinero, porque el dinero parece cubrir las apariencias de la perversidad, y las malas acciones, porque cuando se tiene dinero se repara con facilidad asombrosa los malos actos, sin que sea ello motivo de murmuraciones, y si las hubiere nada importaría por el poder inmenso del dinero que todo lo alcanza.

De ahí, de esa errada apreciación de la vida, hemos visto con frecuencia que determinados sujetos que moralmente nada valen porque llevan podrida el alma y gangrenada la conciencia, por el hecho de tener dinero, ocupan sitios que no ocupó ni ocupará jamás el virtuoso humilde, y miran con desdén y desprecio a los que siendo modelos de perfecciòn humana en el proceder y el vivir, carecen de recursos económicos; la osadía y el engreimiento de muchos de quienes poseen dinero, llega a tal extremo que se creen autorizados a comerciar con la honra y el honor del menesteroso y del pobre que sufre resignado su adversa suerte, y conserva como talismán precioso sus honrosas cualidades y sus acrisoladas virtudes. Con descaro inaudito el adinerado pervertido pretende adquirir por monedas, en comercio ruin, el honor de las doncellas, importándosele poco o nada se rechace con furia o coraje su indignidad, porque para él es igual una cosa que otra, viviendo en la creencia de que por sus recursos, todos sus semejantes están obligados con su persona, mientras que él cree no estarlo con nadie.

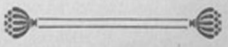
La sociedad con sus vanidades mal entendidas

BNPHU

ha sido la causa y lo será siempre, de que exista tan absurda creencia, que no conduce a ningún bien social, sino que más bien origina su propio malestar, porque dando vida artificial, supérflua, a seres muertos moralmente, indignos, pero que resultan dignos y capaces por aparentar o tener dinero, es sin duda alguna la más injustificable de todas las costumbres y creencias.

No se progresará lo bastante, mientras no se ponga a cada cual en su lugar, en el que legítimamente le pertenezca, de modo de evitar que el perverso que se cubre con apariencias, se crea con derecho a estar donde está el bueno, y el bueno desheredado de la suerte, condenado a vivir postergado y humillado, porque no dispone de medios para cubrirlas, ùnico modo de evitar que quienes siendo despreciables por sus acciones hagan alarde de buenos.

Glorifiquemos la virtud, y continuamente premiemos el buen proceder, teniendo siempre para la legión de virtuosos, frases de cariño, de amor y protección y que desaparezca por completo esa errada creencia de que se vale sólo por el dinero que se tiene, sustituyéndola por esta otra: que sólo la virtud es soberana, y que para ser digno no basta ser bueno, sino poseedor de un caudal de buenas cualidades, con prácticas constantes de buenas acciones.



EL NIÑO DE HOY

En los tiempos que corren el niño ha experimentado un cambio asombroso. Si comparamos el niño de antes con el de hoy, se revela una diferencia excesivamente notoria, que llena el alma de tristeza, porque si nos detenemos a pensar en el porvenir que aguarda al niño de hoy encontramos que sólo sombras y pesares infinitos le esperan seguramente.

Mientras el niño de antes era dócil, obediente y respetuoso, el de hoy carece en absoluto de esas bellas cualidades, y se manifiesta en el hogar y en todas partes, como rebelde, mal criado e insolente. Antiguamente el niño se limitaba a jugar en el patio de su casa y cuando más en el vecindario, si se lo permitían sus padres o tutores; hoy disfruta de una libertad sin límites, juega y se divierte a varias millas de su casa sin consentimiento alguno, y permanece en la calle hasta altas horas de la noche.

Los teatros diariamente se ven frecuentados por numerosa concurrencia de niños, que con

una afición desmedida siguen hasta en sus detalles más insignificantes, los episodios emocionantes de asesinatos y robos, realizando con furor el aprendizaje de hechos delictuosos, como gráficamente les fué dado a conocer, convirtiéndose en perversos elementos, inútiles del todo para la familia y la sociedad.

Las playas del mar, las márgenes de los rios y los campos de deportes, las casas de juego y prostitución, a todas horas del dia repletas de centenares de niños, que sin permiso de sus padres, pululan por esos sitios con peligro de sus vidas, adquiriendo vicios y resabios que aumentan sus tristes condiciones, y así en todas partes se mira abundante la chiquilleria intrusa y majadera, estorbando a los mayores sin miramiento de ninguna clase.

Además de esa censurable libertad de que disfruta el niño de hoy, reune otra cualidad odiosa y repugnante, que consiste en el lenguaje vulgar, ordinario e indecente que usa en todas partes con la mayor naturalidad, como si nada malo fuera. No expresa una sola palabra sin añadirle un dicharacho vulgar, o un grosero insulto y si sostiene una conversación más o menos larga, es mezclándola con una serie de términos y dichos soeces e indecentes y resalta esa cualidad despreciable porque en vez de hablar en voz baja, para que no sea oida su palabrería callejera, se esfuerza en alzar la voz, porque parece gozar más cuando logra hacerse escuchar por muchos.

La conversación del niño de hoy no es sobre cuentos morales e inocentes, ni sobre estudios ni temas escolares, ni asuntos recreativos; su conversación es sobre el automóvil cuyo mecanismo dice conocer perfectamente, y no existen fabricantes, motores gomas, lubricantes, que no le sean conocidos de tal modo que convencidamente se le oye discutir sobre la superioridad de determinadas marcas y máquinas. Y sobre el juego de pelotas nadie es más experto jugador que él, y como esas son todas las conversaciones del

niño actual, sin que se detenga un solo momento a discutir sobre temas propios de la niñez. La libertad de que disfruta el niño, es hoy semejante o superior a la del hombre, por lo que frecuentemente se oyen niños expresarse en tonos y formas que muy raras veces lo hace el hombre a pesar de su amplia libertad. La audacia infantil llega hoy a su colmo: desde que amanece se tira a la calle produciendo chillidos y gritos, provocando e insultando a cuantos le pasan por el lado, pintando en las casas palabras obcenas y pronunciándolas sin cesar, y de ese modo sin concurrir a la escuela, pasan los días.

El origen de las desastrosas condiciones del niño actual, está en la mala educación que suministran los padres a los hijos, que en vez de dominarlos y encauzarlos por la senda del bien, los echan sin repáros a la calle y a los sitios y espectáculos públicos, para que sea ahí donde se formen, y adquieran las condiciones indispensables para la vida, y de ese modo creen—esos padres— que llenan cumplidamente sus deberes, porque erradamente así piensan —como lo piensa un crecido número de jefes de familias—que la paternidad sólo obliga a suministrar la alimentación y la ropa y que todo lo demás es innecesario y sin importancia.

De continuar la desenfrenada libertad del niño de hoy, tendremos indudablemente una generación enferma, repleta de vicios, que producirá gravísimo malestar en el país. Y ya que en nada se preocupan por sus niños, porque los padres se muestran indiferentes, se impone de modo urgente, la creación de sociedades protectoras de la niñez, que se interesen por obtener la lejislación necesaria que venga a poner término a la libertad sin límites de que disfruta el niño de hoy.

LA MANÍA DEL FIADO

I

El hàbito de cojer fiado, por las proporciones que ha tomado, es ya un vicio, pero un vicio funesto que pretende destruir el bienestar ageno, adquirido a fuerza de trabajo, economías y privaciones. Si los que tienen arraigado el vicio del fiado lo realizaran con el propósito firme, inquebrantable de cumplir puntualmente su deuda, entonces no tendria nada de malo ni de criticable; pero los que tienen ese hábito o vicio, al ponerlo en práctica, en la mayoria de los casos, es con la intención de no pagar y de no cumplir la deuda que contraen, y de ahí los perjuicios producidos al comerciante, bodeguero o boticario que accedió al fiado en la creencia de prestar un servicio. Ese servicio en vez de ser agradecido se paga con perjuicios, porque frecuentemente lo que se fia se pierde.

Personas y familias hay en número crecido, que no trabajan para producir y adquirir lo que

necesitan, sino que trabajan solamente para cubrir la deuda de los fiados. Las hay también que viven haciendo alarde y ostentación de lujo, vistiendo y luciendo por imitación lo que hace el acaudalado, a costa del fiado, y como lo que se obtiene en crédito no se paga y si se paga es con dificultad y cuando haya recursos sobranceros, se puede —según su creencia— aparentar el bienestar y el lujo que no se tiene, porque es más fácil obtener las cosas al crédito, que trabajar para adquirirlas.

El comerciante, bodeguero o boticario, que accediendo a los deseos del cliente, consintiere en conceder el crédito, puede estar seguro de que al concederlo obtiene dos pérdidas simultáneas, la de su mercancía y la del cliente, porque se dificultará mucho volver a verle la cara y si de repente le viere en la calle o en algún otro sitio y le pregunta por su deuda, recibirá mentiras por toda contestación o cuando menos la negativa de la deuda. El que adquiere el hábito del fiado parece perder la vergüenza de tal modo, que sin reflexionar la gravedad que comete, llega sin escrúpulos a la negativa de la deuda y entonces el comerciante que creyó prestar un servicio facilitando a crédito su mercancía, no sólo la pierde en unión del cliente, sino que también adquiere por lo suyo un enemigo gratuito.

Desde tiempo inmemorial ha venido siendo el fiado el enemigo más encarnizado del comercio, y siempre han sido más grandes las partidas que figuran en sus libros por ese concepto de pérdidas sobre cuentas incobrables, que las que figuran como beneficio. Dichosos deben considerarse los que tales partidas pueden consignar en sas libros, porque los ha habido que las pérdidas por concepto de fiados han superado a todas las operaciones comerciales, produciéndose la ruina más completa, viéndose en la necesidad de realizar el negocio y pagar los compromisos de su crèdito con lo que le produ-

jeron economías de largos años, declarándose en quiebra o en suspensión de pago.

El fiado es una rémora para el comerciante, porque en cualquier forma que lo admita habrá de producirle indefectiblemente perjuicios mejor que beneficios, y como no hay ley alguna que castigue al que toma fiado y no paga, porque la ley que existe es de un procedimiento largo y costoso, resulta que el comerciante que por debilidad o complacencia conviniere en el fiado se expone a perder su mercancía, su crédito y hasta su reputación comercial.

Los que padecen del hábito, manía o vicio del fiado, saben parfectamente que pueden dejar de pagar y hasta negar la deuda sin que le alcance ninguna ley que los obligue a cumplir el compromiso contraído y por esa circunstancia muchos que tienen el instinto del robo se dedican a la práctica de cojer fiado para no pagar, porque de ese modo están exentos de persecuciones y penalidades.

El fiado es la ruina del comercio y para librarse de ella se tiene por necesidad que suspender el libro de créditos, con lo que se evitará perjuicios y gastos de empleados cobradores que pasan el tiempo en idas y venidas sin obtener el más insignificante abono de la deuda, porque apesar de que el objeto o mercancía se toma en el establecimiento, para conseguir el pago hay que mandar a cobrar a la casa del deudor o donde éste se hallare; y para mantener esa lucha constante hay que sostener un empleado cobrador, cuyo costo no cubre el beneficio de lo que se dió al crédito.

Hay que defender al comercio de las garras de ese enemigo que pretende destruirle y arruinarle dictándose leyes de procedimiento sencillo que establezcan castigos, para obligar a pagar a quienes con engaño, valiéndose del fiado, pretendan quedarse con lo ageno.

II

Si funesta y perjudicial resulta para el comerciante la manía del fiado, para la persona que tiene arraigado ese hábito o vicio, resulta de más consideración el perjuicio que se sufre, porque habituada a adquirirlo todo al crédito se excede frecuentemente con facilidad, sin darse cuenta de sus erogaciones y por lo mismo consume más de lo que produce y al gastar excesivamente se proporciona su propio desequilibrio económico e imposibilitándose de pagar, se convierte en mala paga, aunque no sean esas sus intenciones y propósitos.

Es tal el enredo que se produce a sí mismo quien adolece de esa manía, que por más esfuerzo que haga por desenredarse y recuperar su libertad económica, no logra nunca obtenerla si no es en cambio de grandes privaciones y sacrificios. Si los que tienen bienes, para normalizar sus gastos y cubrir sus deudas, han tenido que enajenar dichos bienes o despojarse de ellos con perjuicio de sus hijos, los que nada tienen, pasan por el sacrificio de obligarse a declararse en quiebra o insolventes, constituyendo ésto verdadero sonrojo para los que no hubieren perdido aún la vergüenza, y los más, a quienes importa igual lo bueno que lo malo, se declaran pícaros corrientes

Ni el propietario tuvo necesidad de enajenar sus bienes, ni el avergonzado pasar por el sonrojo de declararse insolvente, ni el que fué bueno convertirse en pícaro, si todos ajustan a la más estricta economía sus gastos indispensables para no dar lugar a esas consecuencias dolorosas que resultan directamente del desorden en que se vive o se ha vivido.

El daño que se infiere el enfermo del hábito del fiado no tiene parangón con ningún otro de los muchos males de que adolece la humanidad, viviendo condenado a no tener nunca nada y a

producir solo para cubrir lo que impremeditadamente tomó al crédito. En esas condiciones la vida resulta extremadamente desesperada, porque no bien adquiere o produce un peso, viene a su imaginación el deber de pagar o de lo contrario, confundirse con los que intencionalmente o de mala fe realizan y gustan del fiado.

El que continuamente coje fiado no tiene tranquilidad ni reposo, porque en el hogar, en la calle, en el trabajo, en todas partes, le asedian los cobradores, y para mantener ese desequilibrio económico y poder renovar los fiados en esos mismos establecimientos, inteligentemente tiene que mantener abonos que satisfagan al interesado comerciante, y si no lo hace así, queda expuesto a que cuando menos lo espera, le notifiquen el cierre de su crédito.

Esa vida desordenada origina, como consecuencia lógica, la ruina y la miseria más completa o el descrédito injustificado producido por la falta de disciplina y métodos económicos. Mientras tanto, quienes viven organizadamente consumiendo menos de lo que producen, disponen en cada semana o mes de un superabit o fondo de reserva para casos imprevistos y disfrutan de la agradable tranquilidad de espíritu a que todos debemos aspirar en esta calamitosa lucha cotidiana.

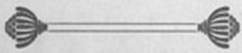
Reflexionen sobre las consideraciones expuestas, quienes sin detenerse a pensar, calcular o precaver en la importancia del mal que se ocasionan ellos mismos, dan riendas sueltas a tan desenfrenada manía o vicio, produciéndose el malestar económico que les inutiliza por largo tiempo y a veces para siempre.

Quien se acostumbra a consumir menos de lo que produce, llevando vida económica y honesta, no solo está libre de experimentar las frecuentes mortificiones y privaciones que sufre quien vive desordenadamente, sino que adquiere sin grandes

BNPE

esfuerzos, el hábito mil veces bendito del ahorro, cualidad hermosa que convierte en prósperos y dichosos a quienes siendo pobres cuentan con la fuerza y la voluntad para el trabajo, que remunera con creces los esfuerzos de los que le abrazan con el amor y la fe que alienta y vigoriza.

Cuando la manía del fiado hubiere sido sustituída por el hábito del ahorro, en las clases trabajadoras se habrá iniciado con èxito su prosperidad; pero mientras se continúe la vida desordenada, se trebajará hoy para vivir mañana o para pagar lo que se debe, y así la vida siempre será mucho más penosa aún.



LA EDUCACION

Es la educaciòn del hogar algo así como base fundamental para la vida de los pueblos, porque de ella depende su prosperidad o su infortunio, y por lo mismo la base inconmovible en que descansa la sociedad. Si se le atiende debidamente produce los mejores resultados, pero si desgraciadamente los hogares marchan sin orden, sin método, sin direcciòn y sin cuidado, resultan entonces de ese estado de cosas, pueblos enfermos, compuesto de elementos degenerados, incapacitados para el ejercicio de la virtud y del bien.

Entre nosotros, triste es confesarlo, se encuentra actualmente la educación doméstica en condiciones de abandono y de descuido tan lamentables, que nos llena el alma de pena; porque pensamos que de seguir así en vez de mejorar nuestras condiciones morales iremos de mal en peor hasta llegar a un estado desastroso.

En el hogar, donde los padres se ocupan con esmero y solícitos cuidados en la educación

doméstica se producen buenos ciudadanos y mujeres de excelentes condiciones; pero el hogar descuidado o que no se preocupa de esas preciosas cualidades, produce elementos enfermos en vicios y malos hábitos, que en vez de ser buenos y útiles, resultan verdaderos estorbos para la sociedad.

En los hogares es donde se preparan los hombres y las mujeres del mañana, y por lo mismo está encomendado a los padres la importante misión de guiar los hijos con prédicas constantes sobre el modo de ser y proceder con la corrección que debe acompañar todos sus actos, obteniéndose sembrar en los tiernos corazones de sus proles queridas, los gérmenes indispensables para qùe sean útiles, correctos y respetuosos, dispuestos desde luego para contribuir con éxito en el desenvolvimiento de la sociedad a medida de sus facultades.

Cuando el niño comienza a pronunciar palabras, es cuando debe comenzar su benéfica influencia la educación doméstica, no permitiendo que se inicie en pronunciar palabras obscenas que haya oido de sus padres, vecinos o sirvientes, porque iniciándose en pronunciar palabras malas, con el asentimiento o tolerancia de sus padres, crece la criatura pronunciándolas sin cesar, y ya grande cree emplear esos términos como cosa corriente y natural.

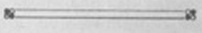
Más que la alimentación material, debe preocupar a los padres la alimentación moral, porque es precisamente lo que más requiere su atención y lo que más le exije el deber que les está encomendado de modo preferente por su condición de padres. ¿Qué esperanza prometen a sus padres y a la sociedad niños que aún en la adolescencia disfrutan de una libertad desmedida, que sean unos corrompidos en los abominables vicios del juego, el alcohol y la prostitución; y de jóvenes andariegas y mal habladas, que viven produciendo la censura y la murmuración de los vecinos y de cuantos las conocen y las

miran en calles, parques y tertulia? Absolutamente ninguna! El porvenir que les aguarda es para ellos de tristezas infinitas.

Los padres en el hogar si no quieren dar malos ejemplos a los hijos, necesitan ser medidos en su conversación y su manera de ser, porque en el hogar donde los padres se confunden con los hijos, no se forman jóvenes buenos y útiles, sino jóvenes predispuestos a los malos actos y a los innumerables vicios que mantienen enferma la sociedad con una perspectiva en extremo deplorable.

Formando el corazòn del niño y sembrando en las tiernas criaturas nociones de sana moral con buenos ejemplos, el niño crecerá siendo obediente y respetuoso, preparado contra las malas acciones y para ser útil ciudadano cuando llegue la época de emanciparse de la paternidad del hogar que le formó. Con el niño hay que ser severo en las correcciones para evitar que caiga en la pendiente peligrosa de los vicios, prohibiéndole cuanto pueda serle dañoso, sin demostrarle exceso de cariño, para evitar que por su desobediencia se convierta en libertino.

Verdadera consagración requieren los hogares de pobres y ricos por el convencimiento que se tiene de que sólo en la educación doméstica descansa la prosperidad de los hijos y la estabilidad de la Sociedad, menesterosa de buenos elementos que mantengan por modo respetuoso la conservación de nuestras sanas costumbres.



BNPHU

LA RELIGION

Es de todos sabido que la religión influye poderosamente en los hogares para producir buenos elementos. No importa cual sea la clase de religión, porque todas resultan absolutamente iguales en la influencia beneficiosa que ejerce en la adolescencia, arraigando en los tiernos corazones la creencia de un ser superior y creando la fe, el amor y la caridad, trilogía indispensable para alcanzar la más deseada perfección que nos permita ser útiles a la sociedad.

Todas las religiones resultan iguales porque en el fondo todas persiguen un mismo fin o un mismo ideal de redención, diferenciándose en detalles de formas únicamente, rindiendo todas en sus prédicas y propagandas apreciables resultados, y por esa circunstancia todas las religiones a nuestro juicio, son dignas del mayor respeto.

En el país, a pesar de que existe la libertad de cultos, la religión oficial es la católica, apostólica romana, y sin embargo de ser así, en las escuelas públicas oficiales no se enseña la religión oficial

BNPHU

ni ninguna otra, dejando a la población escolar en libertad de seguir la religión de sus padres o escojer la que más le plazca, lo que sería hermosísimo si así sucediera, pero esa buena intención del legislador escolar ha venido dando resultados del todo negativos, porque la religión hoy día no se enseña en los hogares, ni los niños se ocupan de escojer la que más pueda agradarle o convenirle, dando lugar a que millares de niños se estén formando sin el menor conocimiento de la religiòn, lo que motivará que dentro de poco tendremos en cantidad considerable hombres y mujeres *libre—pensadores* sin preparación alguna, sin la fe y sin las condiciones morales que predisponen al bien, que tanto arraiga en los corazones la religión.

Hasta hace poco se enseñaba ésta en las escuelas y no conforme los padres, se ocupaban también ellos en el hogar de enseñarla, y los sacerdotes católicos en sus iglesias también semanalmente explicaban la doctrina del Cristo y numerosa cantidad de niños invadía los templos, pero en los tiempos que corren todo eso se ha olvidado, y como nada se hace, los niños crecerán a su entera libertad, sin tener la menor enseñanza de todo lo que encierra la religión, sin temores a nada, y sin la fe que vigoriza los espíritus, y los prepara para la vida útil y provechosa.

Se habrá progresado un poco material e intelectualmente, pero no así en el orden moral donde más necesitamos progresar para poder contar en el futuro con tantas mujeres virtuosas como sea posible; y de hombres preparados y capacitados para la realización de las innumerables obras de bien general, que mucho reclaman las deficientes condiciones del país, para establecer siquiera la base de la amplia cultura social a que debemos aspirar.

Formándose una nueva generación sin religión, y sin las nociones más elementales, indispensables para disfrutar de la fe, la esperanza y la

caridad; se formará seguramente una generación enferma, predispuesta para toda clase de vicios, porque quienes carecen de esas cualidades contraen hábitos viciosos y se ejercitan más en la causa del mal que en las obras del bien.

Ese descuido que consideramos imperdonable, es la causa que ha originado el brusco cambio que han sufrido nuestras viejas costumbres, porque la juventud sin religión cree que todo es posible o facil de realizar sin que produzca la menor censura, ni sea merecedora de castigos o desprecios, y por tan triste creencia se profanan templos, se realizan hechos escandalosos, no se respeta a nadie y se vive en el mayor desorden, en completa orgia, sumidos en la abyección que mantiene avergonzada la sociedad.

Si no se restablece el sistema antiguo de enseñar en las escuelas, en los hogares y en las iglesias la religiòn, que es la que forma las conciencias y los corazones de los niños, y los guia por la senda del bien, preparándolos para que sean útiles y buenos, se puede estar seguro que no se efectuará ningún cambio beneficioso, y el mal seguirá creciendo, apesar de la creencia que todos tenemos de que la grandeza efectiva de los pueblos, depende más que de ninguna otra cosa, de la cultura de sus habitantes.

EL JUEGO DE AZAR

El juego de azar es un vicio detestable. Quienes lo practican no alcanzan a comprender el inmenso daño que se causan, porque tarde o temprano solo obtendrán los resultados de su propia ruina. Nadie absolutamente ha enriquecido con el juego y sin embargo se sabe que todos los jugadores de oficio o por sport se han arruinado. Del juego solo ha sacado beneficio siempre el dueño del establecimiento o de la casa que hace de ello un negocio, por el barato que cobra sobre las jugadas. Se puede asegurar que los garitos o casas de juego, son sitios donde personas enloquecidas o embriagadas por el vicio se congregan solo para destruirse unos a los otros despojándose de buena o de mala fé, el dinero que debían conservar para cosas útiles o provechosas, o siquiera para precaverse contra los achaques de la ancianidad, preparándose una vida libre de privaciones y de inquietantes zozobras.

El jugador además de que pierde lo poco o

mucho que pueda tener, si gana alguna vez, poco después pierde lo ganado; no come ni duerme, no tiene tranquilidad de espíritu, y mientras se encuentra entregado al juego, olvida la esposa, olvida los hijos, lo olvida todo, y sólo se acuerda que tiene hogar, que tiene familia, cuando ya exhausto de dinero y de fuerzas, se ve en la necesidad de abandonar la mesa del vicio. No bien recobra el aliento perdido, porque adquiere algunas monedas, vuelve de nuevo a la casa de juego con más tenacidad. Y con mayor obsecación que antes, al perder el último centavo, se despoja de sus prendas y de las de su familia, y como última parada, echa en suerte la casa solariega, y también la pierde, porque casi siempre los que llegan a tan doloroso extremo, como castigo providencial, pierden esa última parada, que los deja sin hogar y sin abrigo en unión de la esposa y de los hijos queridos.... Y apesar de este cuadro de desolación y de ruina que se produce a sí mismo el jugador, en vez de arrepentirse, pretende muchas veces volver al desquite y en el desquite se convierte en desdichado y miserable.

Siempre se ha considerado el juego de azar como la calamidad más grande que pueda existir. Por eso nuestro Código Penal en interés de destruir o reducir tan funesto vicio, establece la prisión correccional y multas de alguna consideración. Si de parte de quienes ejercen las funciones policiales existiera verdadero interés de librar a la sociedad de ese mal, en corto tiempo sería reducido, por la persecución activa y constante que se pondría en ejecución; pero como no resulta así, en vez de disminuir aumenta considerablemente, de modo tal que las casas de juego son ya casas públicas, y los jugadores en vez de avergonzarse, sin temor alguno hacen alardes notorios de ejercer tan denigrante oficio. Ya no sólo juegan los hombres sino también los niños.... De seguir el juego de azar en la forma descarada e irrepestuosa con que se ejer-

cita, se llegará a la conclusión humillante de que seamos considerados como pueblo de jugadores.

De nada sirve ni vale esforzarse por proporcionar trabajo a centenares de hombres, en las carreteras que se construyen, porque los jugadores de oficio corren presurosos a esos trabajos en los días de pago, y despojan a los infelices trabajadores del dinero ganado en varias semanas de ruda faena. De igual modo acontece en los trabajos de irrigación y en las fincas de caña, y donde quiera todo ello se realiza con la tolerancia o asentimiento tácito de los jefes de trabajos, que debían ser los llamados a impedirlo, y es por eso que el vicio del juego en vez de restringirse se generaliza de manera alarmante y en proporción desconsoladora.

El trágico fin que espera a los jugadores es la desesperación, su natural consecuencia, y se lanzan entonces en solicitud de la muerte, sobre precipicios, sobre locomotoras, carros o carruajes, o se suicidan, en fin, porque sólo en la muerte encuentran la tranquilidad y el sosiego que les robó el juego de azar. El arrepentimiento se ha despertado en ellos demasiado tarde ya . . . .

El juego como quiera que sea es temible y es despreciable; pero cuando resulta más criminal, es cuando se despoja del producto de varias semanas al infeliz trabajador de carreteras y al noble luchador campesino, que regando con su sudor y su sangre la tierra para producir los frutos que nos dan la vida y que por su laboriosidad se ganan la admiración y las simpatías de todos, ven perdidos en un instante sus pequeñas economías y con éstas sus esperanzas más queridas.

EL ALCOHOL

Está comprobado científicamente que el alcohol es un veneno que lentamente intoxica el organismo humano, hasta producir la muerte; y a pesar de que así sucede y así se sabe. el vicio del alcohol en vez de disminuir aumenta notablemente. Penetrados de las desastrosas consecuencias a que da margen el vicio de embriaguez, en algunos países se combate y prohibe el uso del alcohol por modo terminante, persiguiendo y castigando a los que de alguna manera trataren de violar o infringir las disposiciones para el caso, lográndose que disminuya consideramente el mal en referencia y se preste desde luego a la humanidad importante servicio, librándola de las dolorosas consecuencias que produce el uso constante del alcohol.

Apesar de que todos sabemos los tristes resultados que en corto tiempo produce ese vicio, vemos a diario numerosas personas transitando las calles y visitando los sitios públicos en estado de completa embriaguez, molestando a los demás

y haciendo resaltar por sobre la concurrencia su triste condición de borracho, exhalando pestilente hedor que no sólo molesta sino que produce náuseas. El beodo se enloquece, pierde el juicio, descuida su persona y sus vestidos, penetra donde no se le llama, intercede en conversaciones a que no se le invita, y en las calles, además de estorbar por sus tristes condiciones de borracho, inspira compasión y lástima a unos, y desprecio a otros. Si nocivo es para la salud excederse en el uso del alcohol, extremadamente nocivo es para la sociedad, que vive ansiosa de buenos ejemplos, el espectáculo que presentan quienes alardeando de su vicio despreciable, se hacen visibles en calles y lugares públicos en lamentable embriaguez.

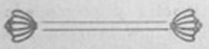
Si quienes se sienten dominados por el vicio del alcohol apuraran éste en sus respectivas casas, sin ofrecer al público el espectáculo repugnante de su estado, ello sería tolerable o aceptable; pero lanzarse a las calles y apurar en ellas con creces, hasta la saciedad, su vicio, es costumbre repudiada generalmente, por la forma incorrecta y molesta en que se realiza, y porque quienes tienen sus vicios deben tenerlos para sí, y no para obligar a los demás a soportar sus impertinencias y necedades.

El borracho jamás está tranquilo, y cuando lo está es porque el vicio lo ha rendido. Habla y vocea sin cesar, alardea de guapo, de inteligente y de sabio y sobre todo mantiene predisposición constante para agredir e insultar gratuitamente, provocando a cuantos le pasan por el lado, y de ese modo pretende obligar a los demás a soportar sus borracheras. Además de los males enunciados,, el enfermo de tan terrible vicio, le pierde el cariño al hogar, a la esposa y a los hijos y huérfano de afectos vive hasta sin amigos, y si acaso tiene amistades es con personas que adolecen del mismo vicio, y cuando carece de

dinero para adquirir el alcohol, entonces se convierte en pordiosero y pide sin avergonzarse a conocidos y extraños dinero para tragos, de igual modo que se implora una limosna.

El vicio del alcohol se adquiere con una facilidad sin precedente. Se principia por un trago, luego otro, y otro, y si quienes los toman carecen de fuerza de voluntad para reprimir el vicio que pretende dominarles, en poco tiempo se convierten en aventajados bebedores. Hasta los pobres hijos de estos desgraciados seres alcanzan las consecuencias, resultando siempre los hijos del borracho criaturas enfermas e inútiles para la vida y la sociedad.

Si no se toman medidas prohibitivas o que graven el valor del alcohol, haciéndolo de elevado costo y de difícil consumo, se tendrá mayor número de adeptos y simpatizadores para tan despreciable vicio, que constituye una de las muchas calamidades que mantienen avergonzada la sociedad.



LA PROSTITUCION

Es un mal que tuvo origen en épocas remotas y se extiende por todo el mundo, pero guardando siempre miramientos y respeto a la moral y a la sociedad. Hubo pueblos que se distinguian unos de otros por sus condiciones morales o por el incremento de su prostitución; reconociéndose en todos ellos como funesto este vicio, incubador de las mayores calamidades que aquejan el género humano, convirtiendo las personas en seres despreciables y desgraciados.

En los países donde se ha sabido combatir el mal con medidas adecuadas, se ha alcanzado completo éxito. Son considerados esos pueblos como pueblos morales y felices, acreedores por lo mismo al mayor respeto de cuantos les visitan. En cambio, en donde se mira con indiferencia y nada se hace ni se dispone para combatir el mal en referencia, no tan sólo se acrecienta éste en proporciones alarmantes, sino que los extranjeros que por allí pasan contribuyen a su crecimiento siguiendo por imitación el proceder de los

nativos. Se puede asegurar que durante los ocho años que sufrimos la intervención militar norteamericana, la prostitución alcanzó su mayor grado de desarrollo, condiciones tristísimas que se conservan intactas, y que lamentamos con demasiada frecuencia. Nos consideramos en el deber de combatir de alguna manera, con tenacidad y constancia en cuanto sea posible, esa funesta tendencia de prostitución que se manifiesta por todas partes.

Tratar de conseguir arrepentimiento o moderación en aquellos que se revuelcan constantemente en el fango es inútil: a esos descarriados hay que dejarlos libremente que continuen su vida licenciosa e infeliz. Para remediar el mal hay que ir necesariamente a su origen, y allí poner el remedio que lo cure en su comienzo, para que se obtenga saludable resultado. Remediando la causa desaparecerá el mal y sus consecuencias. El origen verdadero de la prostitución está indefectiblemente en el hogar, en la poca o ninguna educación doméstica que se suministra a los hijos, y después en el crecido número de menesterosos que existe en el país, porque la miseria muchas veces, en la mayoría de los casos obliga a los desesperados a entregarse a la prostitución, ya que se les dificultan otros medios de vida. Mejorando la educación del hogar y tratando de proporcionar trabajo al considerable número de mujeres que carecen de ocupación, obtendremos los medios más factibles para combatir con éxito tan despreciable vicio, que ha comenzado a conmover los sólidos basamentos en que descansaba, hasta hace poco, la sociedad dominicana. Para los pusilánimes parecerá imposible e impracticable el remedio, pero para los de buena voluntad y los interesados en salvarnos del naufragio social que nos amenaza, que son los más, la indicación sería de fácil realización, si en ese sentido están dispuestos a trabajar los padres de familias y las sociedades todas, aportando cada cual el mayor contingente

posible en la campaña que se inicie, siquiera sea para salvar la juventud del futuro, ya que la actual generación, con raras excepciones, de modo arraigado sufre tan desdichado vicio que destruye la salud, convierte en inútiles a quienes pudieron servir para algo y prepara una vejez triste, llena de parálisis, de llagas y de constantes sufrimientos físicos.

El estado actual de la prostitución puede ser modificado si se combate de un modo inteligente, sin producir con las medidas que se tomen escándalos de ninguna clase, porque entonces resultaría peor el remedio que la misma enfermedad; concrétese vicio tan inmoral a determinadas zonas en cada localidad, y favoreciendo al que se encuentra en la desgracia, con hospitales adecuados y con tratamientos especiales, que apesar de que continuaría la prostitución, porque es imposible conseguir un remedio radical, quedaría en condiciones tales que no afectaría tanto la moral pública, pues lo que más indigna es la libertad con que se ostenta, ya casi con derecho a exhibirse en las calles más pobladas y hasta en el centro de las ciudades, constituyendo la piedra de escándalo para los vecinos y los transeuntes. Medidas sabias, si no destruyen totalmente el mal, al menos lo modifican bastante.

LAS MODAS

Existe verdadera lucha en producir variantes continuas en el modo de vestir, cambiándose las formas y los estilos en las cuatro estaciones del año. Y si fuere posible renovarlas o sustituilas en cada mes, se hiciera de manera grata para todos los que viven interesados en seguir las innovaciones que señale la moda del día, llegándose ya al extremo vicioso de que la moda, tratándose de vestidos para mujer, no respeta la moral ni las condiciones de seriedad que exije en todas partes la sociedad.

Las modas enloquecen las mujeres, de modo que éstas la siguen en sus detalles más minuciosos por exajerados e inmorales que éstos sean, sin pensar que esas creaciones de las modas han sido espresamente para artistas y mujeres de cabaret. En los patrones o carteles de modas para trajes de las diferentes estaciones del año, siempre figuran modas serias y modas extravagantes reñidas con las buenas costumbres, para que cada cual escoja de esos patrones la moda

que màs convenga a su agrado y condiciones, por lo que generalmente se juzga la mujer por su manera de vestir. Si viste de modo correcto se le aprecia y distingue como persona de valer, pero si viste como las artistas, con la mayor parte de su cuerpo descubierto, es natural que se tenga entónces de ella un concepto desfavorable.

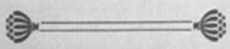
En todas partes han disminuido de modo considerable los matrimonios. Y estudiada detenidamente la causa, se ha llegado a la convicción de que sólo la moda imperante ha podido producir ese malestar, por el horror que experimenta el hombre cuando mira a centenares de mujeres vistiendo deshonestamente, porque es imposible que hombre alguno pueda pretender como esposa, o compañera para la vida a mujeres que para vestir escojen telas transparentes y se confeccionan trajes, que aunque aparentemente vestidas, están desnudas, porque su cuerpo se retrata o se mira a traves de la luz más opaca. Las que así visten incitan más a los placeres del vicio que a las honestas condiciones del matrimonio.

Se elije el traje sin la debida consulta o autorización de padres y esposos, y éstos con su indiferencia, considerando la elección de trajes como cosa baladí, contribuyen al brusco cambio que actualmente sufren nuestras sanas costumbres. Los pueblos, las familias y las personas se juzgan por su modo de vestir, considerándose pueblos felices aquellos que en vez de aceptar y seguir las variantes constantes de las modas, prefieren la conservación de trajes típicos o regionales, donde absolutamente todos, pobres y ricos visten de un mismo modo y hasta con los mismos colores, y se califican de antipatrióticas las tendencias a producir innovaciones en el vestir de sus habitantes.

Las modas exajeradas en la juventud se aceptan y juzgan como propias de su inexperiencia; pero en personas de madura edad, obligadas a la seriedad, provocan burlas, y la risa se produce

por donde quiera que se les ve pasar. La sencillez en el vestir es lo que más agrada, y esto parece que no ha sido todavía suficientemente comprendido, porque sólo así se esplica el dislocamiento que se sufre al escojer para vestir modas escandalosamente deshonestas.

Es de urjencia intervenir de algún modo en la elección de modas para nuestras mujeres, si queremos que no se transforme por completo nuestro pueblo, desapareciendo las costumbres sencillas, sanas y morales, que eran características y constituían su mayor felicidad.



ANARQUÍA PROFESIONAL

Mientras en el más apartado rincón del mundo, los profesionales y artesanos se consagran, con amor, a ejercer y practicar la profesión u oficio que eligen, para alcanzar en ella la más completa perfección y poder llenar cumplidamente su cometido, prestando de este modo utilísimos servicios a la humanidad, ocurre entre nosotros todo lo contrario, siendo escasos y raros los profesionales y artesanos, que comprendiendo sus verdaderos intereses, siguen la senda o derrotero que les señala el decoro personal, por lo que desde luego obtienen el resultado deseado y prestan entonces a la sociedad apreciables servicios.

La impaciencia en el estudio, la poca o ninguna consagración, la inconstancia y la vida desordenada, le hacen variar frecuentemente en el modo de pensar y obrar, por lo que a menudo vemos efectuarse cambios tan repentinos entre nuestros profesionales y clase obrera, que nos produce desagradable sorpresa.

A causa de esos mismos males, tenemos que

farmacéuticos, con la mayor audacia, hagan o pretendan hacer de médicos, que médicos de farmacéuticos y a veces simultáneamente ambas profesiones; que dentistas de parteros, agrimensores atrevidamente realizando obras de ingeniería, y abundantemente personas que no siendo médicos, farmacéuticos, parteros ni dentistas, sin haber cursado estudios de ninguna de esas materias, desconocedoras en absoluto hasta de estudios primarios, ejerzan esas profesiones; y no conformes con ejercerlas, insertan llamativos anuncios en los periódicos, llamándose doctores, ingenieros y especialistas. Y todo ello se realiza en ciudades, pueblos y campos, sin que nadie castigue ni prohiba tan desmedido abuso, como lo es el ejercicio ilegal de profesiones, con perjuicio de los verdaderos profesionales y de la vida e intereses de millares de personas.

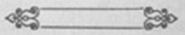
Algunos con solo llenar formularios de las escuelas por correspondencia de los Estados Unidos, obtienen y ostentan orgullosamente, diplomas profesionales, sin poseer el más insignificante conocimiento de las materias que le acreditan como tales, y sin embargo practican y ejercen matando o perjudicando al infeliz cliente o paciente que cae en sus manos, y nada se investiga de si es o no legal ese diploma, o reconocido como verdadero centro educacional, la escuela que otorga esos diplomas o títulos, expedidos con solo recibir formularios de preguntas y respuestas.

El profesional que ganó en buena lid, alcanzando completo éxito universitario, en vez de beneficiarse, se perjudica notablemente cuando dedica su atención a profesiones distintas de las que estudió, y si abusivo resulta cambiar de profesiones, de mayor atrevimiento lo es cuando se ejercen éstas, careciendo en absoluto de los conocimientos imprescindibles.

Por esos desórdenes en la vida profesional y obrera, además de los males ya enunciados, hemos visto con pena, a cures cambiar el altar

por el coro, albañiles haciendo de mecánicos, mecànicos convertidos en pintores, sastres en ebanistas y carpinteros en zapateros, realizando cada cual injustificable abandono de lo que aprendió, con el pretexto de adquirir diversos medios de vida. En tan inconstante proceder olvidan lo que han aprendido y no aprenden nada nuevo!

La vida profesional requiere más amor y más seriedad de los mismos profesionales, para que a la vez que les sea más provechosa, sea también de utilidad y de reconocido beneficio para la humanidad que necesite y requiera sus servicios y conocimientos, y exigir de las autoridades correspondientes velar por el prestigio de las profesiones, para que no se siga por la pendiente de descrédito en que se està, y el obrero que no quiera sucumbir, que abandone el hábito de la inconstancia y se consagre con interés a adquirír en cada dia, mayores conocimientos en el arte u oficio que le produce la subsistencia, porque asi, a la vez que perfeccionará su arte, será mayor su prosperidad y su prestigio.



BNPHT

EL ANALFABETISMO

Nos preocupa y agrada el progreso material, porque momentáneamente demuestra llenar necesidades. Se realizan obras diversas y se proyectan otras tantas, y nada se piensa sobre lo más importante, lo de más perentoria necesidad para dejar asegurada la estabilidad de la República. Nada absolutamente se hace ni se resuelve para destruir o disminuir en algo el analfabetismo que en proporciones tan considerables existe en el país. Si desde que surgimos a la vida de pueblo libre hubiéramos dedicado una pequeña parte de nuestras energías y nuestros recursos a reducir en cada año el número de analfabetos, serían muy distintas las condiciones del país y serían hoy en mayor número los habitantes conocedores de sus derechos y deberes, y no se lamentarían tan amenudo los crímenes y hechos delictuosos que frecuentemente realiza el ignorante.

El último censo presenta una cifra desconsoladora de analfabetos que a la vez que nos llena

de penas infinitas nos avergüenza tristemente. Años tras años no hemos hecho otra cosa que perder el tiempo miserablemente, consumir en luchas intestinas los recursos, las energías y las vidas de millares de personas, que dedicadas a la grandeza del país desde el advenimiento de la República hasta el presente, hubieran podido alcanzarnos el más alto grado de cultura.

Transcurre el tiempo y nada se dispone para disminuir este mal, y ello se mira con indiferencia porque parece convenir así a los intereses políticos de unos pocos; quienes quieren que subsista esa triste condición de la mayoría del pueblo dominicano, porque prolongado indefinidamente ese estado de ignorancia en las masas, se puede sacar de ellas las mejores ventajas, explotándolas, llevándolas a los comicios como manada de ovejas o de bestias de carga. Desaparecido el analfabetismo, no sería tan fácil como lo es hoy adquirir prestigio y nombradía como lo consigue con tanta facilidad el político más insignificante.

En carreteras se gastan millones de pesos y en sostenerlas se gastarán otros tantos. En mantener la policía que vive cómodamente en sus cuarteles se invierte más de un millón. Y en otros servicios públicos se consumen también cuantiosas sumas, sin que nada absolutamente se dedique a disminuir o hacer desaparecer la triste condición de analfabetos en que viven vegetando nuestras masas, sin inspirar la más insignificante compasión de los llamados a ir en su auxilio.

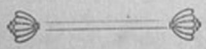
La ignorancia detiene el progreso. Es un estorbo. Y ocasiona los males de mayor importancia que sufren la moral y la higiene. Las malas costumbres, los vicios, los malos hábitos, la prostitución, la superstición, y, como consecuencia natural, la degeneración. De ahí los crímenes y delitos que frecuentemente se realizan para escándalo de la sociedad. Como prueba de esa verdad bastaría visitar los presidios para constatar que la mayoría de los recluídos son

analfabetos.

En algunos países, preocupa a sus gobiernos el analfabetismo, tomándose serias medidas para combatirlo, invirtiendo grandes sumas en escuelas que han de mejorar sus tristes condiciones; pero ya que aquí nada se hace, corresponde a la iniciativa particular iniciar la campaña que ha de emprenderse para sacar de la absoluta ignorancia en que vive la mayoría de los habitantes del país.

Las sociedades de cultura que se organizan con éxito, pueden y deben tomar a su cargo la campaña que señalamos como único medio de ir pronto en socorro de los analfabetos, siquiera sea enseñándoles a leer y escribir. Instalando en ciudades, pueblos y campos, sociedades de cultura que tomen a su cargo la generosa y noble misión de mejorar la vida del analfabeto y con ello se habrá dado el primer paso hacia la reconstrucción nacional.

Pero si nada hacemos, y dajamos pasar años y años con esa misma indiferencia que lo han hecho nuestros antepasados y lo hacemos nosotros mismos, no se realizará nunca ningún cambio favorable en el país, y todo seguirá igual como hasta hoy.



BNPHU

El COSECHERO de TABACO

El tabaco constituye para casi toda la región cibaeña y muy especialmente para Santiago, su mayor o única riqueza. En el tabaco están cifradas las esperanzas de varios miles de personas y de familias, porque en cada cosecha circula más de un millón de pesos entre ellas repartido. Cuando la cosecha es abundante y se paga a buenos precios, reina entonces general contento entre los campesinos y el comercio de la región. Con el producido de su cosecha cubre cada cual sus más perentorias necesidades y se provee de cuanto pueda necesitar o hacerle falta durante el resto del año, cubriendo además cuantos compromisos tuvo que contraer en años anteriores por excepcionales causas, adquiriendo en propiedad parcelas de terreno de que carecía o ensanchando sus predios y porque sobre todo, en plena cosecha, sea o no abundante, son frecuentes los matrimonios, pues nuestra gente del campo, cuando consigue dinero, sólo tiene como primordial o inaplazable cuestión, la formación de su hogar.

BNPHU

Las ciudades y los poblados, en la época de la cosecha, se alegran de tal modo, que toman el aspecto de poblaciones populosas, debido al vaivén continuo de traficantes y vendedores y al movimiento constante de recuas de carga, transportando el precioso fruto de la olorosa hoja, de los campos a los almacenes o depositos. En todos los semblantes se manifiesta satisfacción intensa y el regocijo parece existir en todos los corazones. Los extraños y extrangeros que en esa época visitan la región cibaeña, tienen necesariamente que declarar, por el movimiento y la alegria que observan, que la felicidad parece sonreir a sus habitantes, porque en realidad asi resulta. Y cuando la cosecha se presenta mal, por la sequía o la falta de precios o de compradores, entonces ocurre todo lo contrario: las alegrías se cambian en tristezas, porque el producido de una cosecha, para un campesino cualquiera, por laborioso que sea, sólo le es suficiente para los gastos y necesidades de una anualidad, no permitiéndole enriquecer ni acumular dinero para los años siguientes. Si la cosecha es buena, el cosechero se considera dichoso; pero si resulta mala o no la hay por la adversidad del tiempo, ese mismo sujeto resulta entonces una victima infeliz sometida a grandes privaciones.

Llegada la época de las posturas o semilleros, si el tiempo es favorable, renace el entusiasmo entre los trabajadores del campo y alientan ilusiones y esperanzas en profusión que les hacen s o ñ a r con futuros días de felicidad y satisfacciones. Así viven, piensan y se confortan los infelices campesinos consagrados como cosecheros de tabaco.

Las lluvias menudas y frecuentes en los últimos meses del año, son precursoras de abundante cosecha, y con ese motivo grandes alegrías se apoderan de nuestros hombres de campo y de muchos de la ciudad, reconocidos como compradores e interesados en la producción máxima de la cosecha, a quienes también aprovecha y regocija.

Si se tuviera en cuenta los desvelos y afanes del agricultor cosechero de tabaco, que día por día tiene que trasladarse a su CONUCO, acompañado del peonaje o de la familia para mantener limpias y libres de insectos todas las hojas de cada planta, hasta el último día que enserona y vende el producto, si se apreciara en su justo valor todo ese cúmulo de trabajos y penalidades, desde que se riega la semilla hasta que se realiza la venta, estamos seguros que serían otros, muy distintos, los precios que alcanzarían para su producción; pero desgraciadamente nadie se toma el trabajo de ir al campo a conocer, estudiar y contemplar el arte de cosechar tabaco, la más ingrata de las ocupaciones. Y porque así sucede, nadie t a m p o c o, a b s o l u t a m e n t e nadie, se interesa por mejorar los precios de nuestro tabaco, dejando desamparado al cosechero, quien por tan injustificable abandono, tiene necesariamente que acojerse a precios antojadizos y ruinosos que fijan los extranjeros que anualmente visitan el país con el solo objeto de acaparar la cosecha, obteniéndola siempre a precios reducidos, que en nada recompensan el penoso trabajo del cosechero de tabaco. Mientras tanto los llamados a defender la producción nacional, se cruzan de brazos y permiten indiferentemente que a tan insignificantes precios se cotice la más importante producción cibaeña.

Amemos al cosechero de tabaco que nos proporciona meses de actividad y de bonanzas y nos promete dulces esperanzas y ayudémosle a obtener mejor recompensa para el fruto de sus grandes afanes.

EL INTERÈS LEGAL

Pretendía, con sus tentáculos devastadores, la usura, destruir por completo la propiedad de los humildes trabajadores y el crédito del esforzado luchador, cuando el Congreso Nacional, en previsión de tan funesto mal, que traería como consecuencia lógica el empobrecimiento del país y de los que a costa de verdadera abnegación en la lucha por la vida habían adquirido algo, votó la Ley que regulariza las operaciones bancarias y de prestamistas y establece como interés legal el uno por ciento. La Ley destruyó absurdas y groseras pretenciones y fijó para todos igual tipo de interés comercial; y sujetos a esas prescripciones se mantuvieron todos hasta hace poco, cumpliéndolas fielmente, sin que nadie osara alterar el tipo de interés establecido por la Ley.

Pero acentuada la miseria, prolongada la sequía, y la depreciación o baja de los frutos, escaseó el dinero circulante, y tan apremiante situación, fué aprovechada por los prestamistas para iniciar

la alteración del interés legal, y desde entonces, del uno por ciento se ha llegado, sin compasión de ninguna clase, hasta el diez por ciento mensual.

Las hipotecas o ratroventas realizadas al tipo de interés legal, no son prorrogadas a las infelices víctimas, si éstas no prometen satisfacer mayor cantidad de interès. Ante la necesidad imperiosa de la prórroga, y la concluyente condición de aceptar o consentir en la imposición de tantos gravámenes e intereses, la propiedad es condenada a venderse por ínfimo precio o a ser entregada a un despiadado victimario.

De ese modo, la propiedad urbana y rural, ha venido cayendo paulatinamente en manos de la usura, acechadora de ocasiones, y de seguir así, las propiedades de muchos quedarán en poder de unos pocos; mientras tanto la Ley existe, sin que ella, que nació en previsión de ese mismo mal, pueda evitarlo.

Los documentos notariales levantados con motivo de esa clase de operaciones, tienen estipulado el interés legal; pero consienten estos funcionarios públicos en que el préstamo se realice a mayor tipo de interés, debiéndose entregar en efectivo la diferencia, constando en el documento la suma en aumento de tantos pesos como alcance el exceso de interès entre el uno por ciento del interés legal y el interés convencional del prestamista o negociante. Notarios hay en número crecido, que no se conforman con aceptar o consentir en esas irregularidades, sino que van más lejos, tomando a su cargo la colocación de dineros que públicamente salen a ofrecer a los tipos de interés exajerado que dejamos denunciado, y con descaro señalan y esplican el modo fácil de violar la Ley a ellos encomendada, convirtiéndose en sus màs flagrantes violadores, tan solo por disfrutar de insignificantes honorarios, que resultan mezquinos intereses.

Además de la garantía de la propiedad ofrecida al prestamista usurero, exije éste hoy dia, el

aseguro contra incendio de la misma, y apesar de que se le exije al propietario pagar el aseguro, exije también que la póliza sea extendida a su favor o en su nombre.

De seguir las negociaciones comerciales de esa índole el rumbo que llevan, con perjuicio de los que por excepcionales circunstancias, o para emprender o realizar alguna empresa hubieron de hipotecar sus bienes, llegará el día, en que todo lo acumulado en muchos años por nuestra clase pobre y trabajadora, se habrá perdido. Es de urgencia y deber de los Notarios, no sólo no instrumentar documentos de origen y procedencia al mal que señalamos y combatimos, sino también convencer a los prestamistas del inmenso daño que realizan, que amenaza de muerte a nuestros terratenientes, ya que tan onerosas negociaciones, harán imposible todo esfuerzo por recuperar lo afectado.

LA AGRICULTURA

Es innegable que en la agricultura se funda la prosperidad de los pueblos. Mientras mayor sea su producción, mayor habrá de ser su bienestar y su riqueza. Pueblo que mantiene estacionada su producción agrícola, está condenado a vegetar en el mismo estado de empobrecimiento. Cuando no existen facilidades para convertirse en centro fabril, desarrollando y explotando convenientemente las industrias, hay entonces la necesidad imperiosa de consagrar toda la atención y todos los esfuerzos al fomento de la agricultura, que es donde únicamente puede descansar la felicidad de los pueblos que como el nuestro, carecen en absoluto de los medios y recursos para obtener otra producción que pueda hacerlos prósperos y felices.

En el campo está el bienestar del país, y de los sedientos de holgada posición, buscando en el trabajo el premio de sus esfuerzos, consagrándose con amor al cultivo, arando las tierras y regando las semillas que multiplicándose habrán

de brindar los codiciados frutos, con que satisfacer las necesidades de la vida y acumular las economías que producirán la anhelada independencia económica.

Ir al campo sin métodos, dispuestos a continuar la rutina que siempre han seguido nuestros campesinos, sería perder tiempo y dinero inútilmente; para ir al campo y obtener de las entrañas de la tierra los resultados anhelados, hay necesariamente que ir dispuestos a no seguir los rutinarios métodos empleados hasta hoy, con los cuales de laboriosos han convertído a crecido número de agricultores en inútiles y haraganes. Hay que llevar al campo, para alcanzar completo éxito, fé en el trabajo y bagaje repleto de bien entendida economía, con conocimientos generales de los modernos procedimientos agrícolas, realizando cultivos con conocimientos ciertos del trabajo que se realiza, sin temores al fracaso.

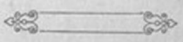
Nuestra juventud sabe perfectamente que en el campo está su seguro porvenir y el bienestar del país en general; pero no se decide a abrazarle porque cree estéril todo esfuerzo agrícola, mientras no esté organizada la producción y les sean abiertos mercados que la consuman o adquieran a precio razonable con márgen de beneficios, que estimulen más bien que desalienten.

En ello no se tiene razón, porque mientras no haya producción suficiente, ni nuestras Cámaras de Comercio ni el Gobierno, podrán practicar gestiones para la apertura de mercados consumidores de productos nacionales. Para que se haga así, hay que duplicar siquiera la producción actual, y ya entonces se estará en condición ventajosa para adquirir buenos mercados. Hasta hoy se produce en nuestros campos lo que se consume en el país y el excedente de producción que resulta, con buena acojida y precios satisfactorios, se envía a Cuba y Puerto Rico, lo que debia bastarnos para sembrar y arraigar el estímulo, en el sentido de aumentar la producción, sin lo cual no sería posible ni habria seguridades

de obtener mercados convenientes. ¿En qué condición quedarían nuestras Cámaras de Comercio o nuestro Gobierno, si practicaran diligencias para abrir mercados a la producción nacional y después de obtenido con éxito, no hubiera los productos en la cantidad y condición convenida o exigida? En completo desaire, quedarían imposibilitados para intentar nuevos esfuerzos y ese temor a fracasar justo es preverlo.

Venga cuanto antes el rápido aumento de la producción agrícola, ya que el excedente se cotiza a precios convenientes en las islas vecinas de manera fácil y espontánea. Y cuando la producción llegue al grado máximo apetecible, ya entonces nos habremos puesto en condición de jestionar y adquirir los mercados que convengan a la agricultura y al país.

En desvanecer ese error que existe entre nuestra gente de campo, que cree que no debe preparar extensos cultivos mientras no existan mercados para sus frutos, debe consistir el esfuerzo constante del departamento oficial del ramo, de las Cámaras de Comercio, y de cuantos estén vivamente interesados en la prosperidad nacional, porque mientras no haya producción agrícola abundante, no podrán conseguirse mercados consumidores, ni existirá el bienestar del campesino, y seguirá siendo ficticia la vida económica de la República.



BNPHU

AYER Y HOY

Lo que no había ocurrido nunca, aún en medio de nuestros mayores desórdenes, en las épocas convulsivas, ocurre actualmente, con esa facilidad alarmante que pone de manifiesto el descenso moral que se ha sufrido en todos los órdenes y que nos acusa de padecer una enfermedad político-social, que amenaza de muerte todas las instituciones.

Ayer el hombre era firme en sus convicciones y compromisos, y los respetaba y cumplía de tal modo, que prefería la muerte antes que dejar de cumplirlos o de traicionarlos o de realizar ningún acto contrario, en lo más mínimo, a las ideas y propósitos sustentados por él, de buena fé, desconociendo en absoluto la claudicación y y el comadreo. Y aunque se abrazara al error, impertérrito e incorruptible, continuaba hasta dejar cumplidos y satisfechos sus deberes lo mismo en el fracaso que en el triunfo. El hombre, en ese entonces, a pesar de que no alcanzaba la civilización de hoy, tenía cabal y perfecto conocimiento del

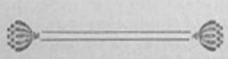
deber, de la honradez y de la fidelidad. Y en su defensa para mantenerlos siempre incólumes, se le veía realizar grandes sacrificios y arrostrar los mayores peligros, . . . Fortalecido el hombre por tan meritorias condiciones, triunfaba frecuentemente, porque siempre triunfan las ideas, las obras y el buen proceder, cuando descansan sobre la firme y arraigada virtualidad del deber cumplido. Nada más hermoso en la vida que llevar siempre la conciencia limpia, tranquila y satisfecha del proceder correcto sin que nada absolutamente atormente ni mortifique. En lo político, el ROJO o el AZUL, y, hasta hace poco, el BOLO o el COLUDO, sostenían tan arraigadas convicciones, que resultaba inútil el mayor esfuerzo por hacerles abandonar o modificar siquiera sus ideas. Así, de ese modo, llenos de legítimo orgullo pensaban y procedían nuestros hombres de ayer.

Hoy, los hombres en su mayoría, triste es confesarlo, piensan y proceden de modo completamente distinto. Para ellos el honor, el deber y la vergüenza nada valen, siéndoles igual lo bueno que lo malo. Cuando se aproximan las luchas eleccionarias es cuando más se pone de manifiesto la deficiente condición del hombre actual, recorriendo cuatro, cinco, y hasta más filiaciones políticas distintas en corto tiempo, cambiándolas con una facilidad que desdice tanto, que necesariamente hay que pensar y creer que quienes así proceden han perdido el juicio. Parece que les interesa más el dinero que obtienen por tan inicuo proceder que la satisfacción inmensa que produce la conservación del honor y el cumplimiento del deber. Esa transformación que en todas partes se nota y se advierte, es consecuencia natural del estado de degradación o descenso moral a que se ha llegado a impulsos de la defectuosa civilización que aparentamos. El respeto de la palabra, pacto o convenio, no existe, porque es igual para esos hombres corrompidos, cumplirlos que dejarlos burlados. La lealtad que era

característica en nuestros partidos políticos ha dejado de ser completamente. Y llegan las cosas a tal extremo que unos y otros no saben ciertamente con que adeptos cuentan. Ese desorden pretende destruirlo todo, extendiéndose a la sociedad y a la familia, y en todas partes es precursor de grandes males y de funestas consecuencias.

En la sociedad, cuando se realizan cambios directivos, se hacen pagar las cuotas atrasadas, para, solventes con el tesoro, poder disfrutar del voto. Y llegado el momento de votar, traicionan vilmente a quien tal favor prodigó, importando poco o nada cumplir la palabra empeñada, como dejar de hacerlo; y prolongado ese malestar hasta los hogares quedaría establecido funestamente el desquiciamiento de la familia y de la sociedad.

De ayer a hoy, las costumbres nacionales han cambiado de manera tan perjudicial, que nos impone el deber, si anhelamos salvar los hombres del mañana, de constituirnos en sus defensores, si no queremos que la corrupción invada y enferme para siempre todos los organismos de nuestro conglomerado social.



BNPHU

EL PERIODISMO

Mientras en las ciudades populosas de las grandes naciones resulta abundantemente lucrativo el periodismo, en los países pequeños resulta más bien de perjuicios la recompensa que se obtiene. En las grandes ciudades el periodista se hace pagar a buen precio sus artículos y de ese modo se proporciona vida desahogada.

En nuestro medio, y en la mayoría de los pueblos pequeños, con muy raras excepciones, por las causas enunciadas, la labor del periodismo deja más bien pérdidas considerables las más de las veces, en lugar de recompensas y beneficios, siendo muy reducida la cantidad de personas que saben apreciar en su valor la magnitud del esfuerzo mental que necesariamente tiene que desarrollar constantemente el periodista para llenar cumplidamente su elevada misión.

Si en las ciudades populosas se paga a buen precio la producción literaria del periodista o escri-

BNPHU

tor, en los demás países ocurre todo lo contrario, que no se paga, porque el empresario o dueño de periódico, quien casi siempre resulta desconocedor en absoluto de lo que significa y vale el periodismo, creyendo aferradamente que en vez de pagar o comprar la colaboración, ésta se le debe suministrar con frecuencia gratuitamente, porque—a su juicio—ella no merece ninguna retribución, llegando muchos dueños de imprenta en su arraigada creencia, a negar o cobrar al colaborador asiduo, desinteresado y eficiente, los anuncios que necesitare insertar en la publicación o por cualquier trabajo de remiendo de insignificante valor tipográfico. Esa errada cuanto ingrata creencia, en contra de sus propios intereses en las empresas periodísticas, ha motivado que muchos periodistas de fuste y altos vuelos, prefieran no escribir para periódicos, procurando conservar inéditos, como recuerdo, sus escritos.

Para que un periodista prospere, alcanzando éxito económico, es indispensable que se convierta en empresario tipográfico, porque si no es de ese modo, no podrá nunca obtener beneficios. Si intentare por su propia cuenta establecer un periódico, utilizando una imprenta ajena, serían tantos los obstáculos que se le opondrían en su empresa, que desesperadamente tendría que renunciar del propósito, sucediendo así porque, hasta la fecha, no le ha dado a los periodistas por ser dueños de imprenta. Pero el día que se decidan a ello, convirtiéndose en empresarios tipográficos, las cosas cambiarán de modo sorprendente, y el público lector obtendrá grandes ventajas, porque se les ofrecerán mejores periódicos y más bien presentados, por lo mismo que el periodista sabrá defender mejor sus intereses, y a la vez que presentaría lectura bien seleccionada sería consecuente con sus colegas. De ese modo el periodista podrá tener seguridad de prosperar, obteniendo favorables cambios de fortuna.

En el periodismo, aquí, como en todas partes,

BNPHU

hay periodistas buenos, medianos y malos, y sin embargo para el empresario que no piensa más que en echar a la calle su papel impreso con el nombre de periòdico, todos los escritores resultan iguales, por lo que amenudo suelen archivar indefinidamente una buena producción científica o literaria, de autorizada pluma, para darle preferencia a trabajos mal escritos, sin importancia y sin interés para el pûblico que paga y lee.

En el país que se tenga tan triste concepto del periodismo es natural que no exista ningún aliciente para dedicarse a escribir; y cuando alguien se dedica a ello, de vez en cuando, se puede asegurar que lo hace por sport o para defender determinados intereses, porque no es posible que en esas condiciones se pueda sentir afición y amor por el periodismo. Los que tengan vocación para esa clase de trabajo intelectual, ingrato e improductivo, harían bien en abandonarla y dedicarse a otras ocupaciones más prácticas y provechosas.

Ingrato, árduo, infructuoso, de inmerecida apreciación por los mismos que lo explotan, resulta el periodismo: eso ha sido y es en medio como el nuestro. Pero será siempre apostolado excelso, de grandes y meritorias emulaciones, donde quiera que se le aprecie en lo que vale y se le considere por el verdadero concepto que ha de merecer en los países mas avanzados el periodismo y la prensa.

HALAGOS Y VANIDADES

El mal de que adolecemos y que nos proponemos combatir en la página presente, no es de ahora, es mal antiguo, data de muchos años, porque siempre hemos sido los mismos, invariables en nuestro modo de ser, que no nos conformamos con brindar amplia hospitalidad al extranjero que nos visita, sino que traspasamos el límite natural que tienen todas las cosas, llegando a veces al ridículo, porque para halagarlo no tenemos inconveniente en despojarnos de nuestras prendas y ofrecerlas al extraño que quizás no volveremos a ver, y que desde luego, al ausentarse, no hará otra cosa que reir y burlarse de tanta candidez y desprendimiento de nuestra parte.

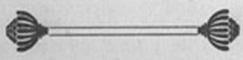
Así hay que pensar cada vez que se tenga conocimiento de que determinados sujetos, interesados en halagar a los extranjeros que visitan el país, les ofrecen como obsequio o **remember,** objetos de valor histórico, indígenas o antiguos.

BNPHU

Hace apenas unos doce años que fueron innecesariamente demolidas las ruinas de la iglesia de San Nicolás, de la primera parroquia creada en el Nuevo Mundo en la ciudad de Santo Domingo, y cuando era lógico pensar que sus maderas y cuanto allí había de mérito y de valor sería conservado para utilizarlo en la creación del Museo Nacional, nos sorprendió desde un principio, que cuanto allí existía de valor histórico se repartía caprichosamente entre algunos, llevándose la mayor y mejor parte el **inolvidable** arquitecto norteamericano Nichodoma. Así, casi en su totalidad, todo fué a parar a manos de extranjeros, de esos que visitan el país con la intención desmedida de arrancarnos algo de nuestra riqueza antigua. Y si quedan algunas maderas o algunas lozas del mármol de su pavimento, serán escasas o en reducido número. De seguir de ese modo la vanidad característica de los nativos, de ofrecer a los extraños lo que debemos conservar, muy pronto quedará de San Nicolás, el primer templo de América, tan solo la recordación de lo que fué y el sitio donde existió y ni un solo trozo de madera, ni una sola loceta de mármol podrán ser exhibidos en las vitrinas del Museo Nacional que indefectiblemente habrá de crearse en el país, en cumplimiento del sagrado deber que nos impone la Historia, y por encima de la injustificable apatía e indiferencia de los llamados a realizarla desde hace tiempo, desde que surjimos a la vida de pueblo libre, por cuantos han asumido la dirección de los asuntos públicos.

Tarde o temprano habrá de realizarse esta gran obra, aunque ella quizás sea considerada por los pesimistas ó retrógados, sueño o utopía de nuestra parte, pero cuando e s t o repetimos, resulte, tarde o temprano; para entonces estamos en el deber, en la obligación imprescindible de conservar, cuidar, vigilar, y defender cuanto exista en campos, ciudades y poblados, de valor histórico, impidiendo que uos

ellos se comercie o se realicen actos de vanidad y de halagos imperdonables, en perjuicio de lo que debe ser considerado y tenido como riqueza pública, único modo de evitar que se nos arrebate lo poco que nos queda y que estamos obligados a conservar.



NUESTRAS IGLESIAS ANTIGUAS

Forman parte de la arqueología nacional las innumerables iglesias antiguas de la época de la conquista y de los tiempos que le siguieron. Por apatía y desprendimiento de nuestra parte van éstas destruyéndose paulatinamente y despojándose de sus valiosos adornos y ornamentos arquitectónicos, para los cuales debemos tener la misma consagración en su cuido y vigilancia que para los objetos de nuestros aborígenes, porque tanto unos como otros forman el conglomerado arqueológico que debemos tener en todo tiempo como veneradas reliquias históricas.

En primer término, tenemos la capilla levantada por Cristóbal Colón en la margen opuesta del río Ozama, donde se realizaron los primeros oficios religiosos en el Nuevo Mundo, la cual se encuentra abandonada, sin que personas

BNPHU

caritativas, altruistas, o corporaciones científicas, la cuiden con el interés que debe ser cuidada, por ser la primera piedra de la civilización de América, construída a raíz del descubrimiento. La casa de Don Diego Colón, el templo de San Francisco, San Nicolás y otros más, de incalculable valor histórico, así como también las fortalezas de San Gerónimo y Jaina y los diversos fortines de la antigua muralla de la ciudad de Santo Domingo de Guzmán, permanecen en completo abandono y si no hay quien lo impida, irán demoliéndose poco a poco hasta desaparecer totalmente.

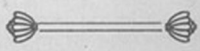
Hasta hoy la Arquidiócesis ha venido ocupándose de nuestra Basílica, que fué la primera Catedral de América, el Convento Dominico y las iglesias de Santa Bárbara, San Miguel, Mercedes, Regina, Carmen y Remedios; pero por la escasez de recursos que siempre ha tenido, esa conservación, ese cuidado, no ha correspondido nunca al deber que nos imponen sus mismos méritos. También en provincias existen templos antiguos que requieren de nosotros amoroso cuidado, como el santuario de Higüey, Bayaguana, Cotuí, Las Matas, Santo Cerro etc., y las ruinas de las antiguas ciudades de La Vega Real y Santiago de los Caballeros.

Si se prolonga nuestra indiferencia para todo lo antiguo, y continúan los excursionistas arrancando fragmentos de los muros centenarios y llevándose su tesoro artístico o histórico habrá de llegar, tarde o temprano, la fecha en que lo habremos perdido todo; y ya entonces no habrá lugar para arrepentimientos: todo será inútil y habremos de conformarnos sólo con el recuerdo de cosas pasadas, sin que de todo ellos nos quede el más insignificante testimonio.

La pintura, la ornamentación y la arquitectura de los tiempos coloniales, que constituyen grandes

atractivos para el viajero pudiente y el excursionista inteligente y audaz, deben constituir para los dominicanos el más precioso legado de la Provincia, y considerar de ineludible deber su defensa y conservación, por ser patrimonio público y estar significados como monumentos nacionales. Que visiten los excursionistas nuestros viejos templos, atraídos por la devoción que inspiran esas riquezas históricas, simplemente para mirarlos y contemplarlos; pero jamás para despojarlos de ningún aspecto o detalle que pueda resultar interesante para nosotros.

Nuestra indiferencia debe terminar, porque de continuar así se perjudicaría el buen nombre del país y de sus instituciones y corporaciones. Del mismo modo que se sostienen centros de beneficencia y filantropía, se puede muy bien cuidar y revestir del respeto y la veneración que debe inspirarnos todo lo que los años han convertido en reliquias históricas, para nuestra admiración eterna, y para poderlas mostrar con legítimo orgullo, pues pocos son los pueblos de la tierra que como el nuestro son ricos poseedores de antigüedades.



BNPHU

COMERCIO DE ANTIGUEDADES

Desde tiempo inmemorial hasta el presente, se ha venido realizando en el territorio nacional, en un lugar más que en otro, pero en todas partes, un verdadero comercio con las antigüedades que por deber debemos protejer para, de ese modo, dejar cumplida la obligación que tenemos de hacer perdurable cuanto pertenezca a la Historia de este suelo en que hemos nacido y se han deslizado los días de nuestra existencia.

El comercio se ha realizado siempre quedando a cargo del comprador fijar el precio de las piezas u objetos que les son ofrecidas en venta, y casi siempre obtiene éstos por insignificante suma; y como quienes se ocupan de vender antigüedades desconocen en absoluto el valor histórico o material de lo que venden, resulta que a la postre, después de alguna discusión de precios, el vendedor acepta resignado el que fija el interesado. De ese modo estúpido y ridículo se ha realizado y se sigue realizando el comercio de

antigüedades, sin saberse con certeza qué clase de objeto es el que se vende ni el valor intrínsico que él representa; y el experto turista extranjero, que viaja en pos de esas curiosidades históricas, que sabe precisamente lo que vale cada objeto que se le muestra, saca grandes ventajas, del especulador en antiguedades, de ese infeliz que a pesar de explotar ese negocio, no sabe lo que vende ni a qué precio vender.

Así, tal como lo dejamos descrito, se nos presenia siempre el traficante en antigüedades, inspirando por la ridiculez con que vende, como por el daño inmenso que produce al país, el desprecio más completo, porque del mismo modo que no sabe lo que vende, ni el valor de lo que ofrece en venta, ignorará el perjuicio que producen sus especulaciones en esa clase de negocios. Nos referimos al infeliz campesino que en la *tumba* o limpieza de su *conuco*, encontró algunos objetos antiguos y se dispone a venderlos.

Pero en ciertas ciudades, los traficantes en reliquias históricas, son otra clase de personas, que si bien es cierto, que al igual que el infeliz campesino, no saben lo que venden, saben ciertamente el imperdonable daño que infieren a la Patria, despojándola de objetos que habrán de hacerle falta siempre. En los campesinos es perdonable, porque hasta hoy nadie absolutamente les ha dicho ni advertido lo que lo antiguo significa y vale, pero en los otros, que realizan el perjuicio en conocimiento perfecto de que proceden mal, y que venden para sacar del país lo que no es propiedad particular y no se volverá a ver jamàs, ésos, más que infelices, resultan despreciables, y son los que únicamente deben ser declarados culpables de que el país se vea imposibilitado en el futuro, de poder crear el Museo Nacional.

Que haya sanción, que en todo tiempo sea tenida por persona indigna, a quienes se ocupen del comercio de antigüedades.

SOCIEDADES CIENTIFICAS

Es de tal magnitud e importancia la recopilación de antigüedades y el estudio de las mismas, que no bastan las buenas disposiciones gubernamentales, si éstas no están respaldadas o no cuentan con la decidida cooperación de sociedades o institutos científicos expresamente creados con ese meritorio propósito.

El Gobierno del Estado en todas sus ramificaciones, puede cumplir y hacer cumplir las disposiciones prohibitivas que contienen las leyes y decretos vigentes, votados con la laudable intención de evitar que con nuestras reliquias antiguas se realicen exportaciones y especulaciones comerciales, y aprovechando esas prescripciones previsoras se podrá acumular una buena cantidad de los objetos antiguos dispersos hoy en manos de particulares y perdidos en nuestras montañas y campos. Y mientras el Gobierno realice esa labor de cumplir y hacer cumplir la Ley, las sociedades

científicas, amparadas y protegidas por el Estado, podrán consagrarse al estudio y clasificación de todo lo que se vaya acumulando, y de ese modo se realizarán a la vez, en provecho de nuestro anhelado e imprescindible Museo Nacional, dos importantísimos servicios, que tanto uno como otro requieren la más escrupulosa atención y cuidado del Gobierno y de los que integraren los centros científicos a que nos referimos.

La obra de un Museo, no es de un día, es de muchos años y necesariamente se impone para su realización, de la ayuda eficaz y entusiasta de muchos, y es por ello que abogamos porque en las principales ciudades de la República sean instaladas corporaciones científicas que vengan a colaborar de modo digno y eficiente en la realización de la obra, no sólo para evitar que se saquen del país nuestras reliquias históricas, sino también para hacerla más factible, ya que pesa sobre nosotros el ineludible deber de conservar convenientemente cuanto sea testimonio de nuestro pasado.

Si bien es cierto que la obra del Museo Nacional necesitará para su perfecta y completa realización algún tiempo de labor constante, cierto es también, que con las cantidades de antigüedades de méritos en manos de particulares y la única colección de carácter oficial que existe en Santiago, tenemos suficiente para dejar creado modestamente el Museo Nacional, pequeño, pero que así, orgullosamente, podríamos ofrecerlo a la vista de nuestros estudiantes y de cuantos extrangeros nos visiten. Y ya instalado de ese modo, continuar enriqueciéndolo con verdadera consagración y a medida que se vayan realizando nuevas adquisiciones.

Y cuando existan fondos disponibles para, por cuenta del Museo, realizar exploraciones y excursiones por sitios en que a puedan

encontrarse objetos antiguos, y sean limpiadas las cuevas y cavernas indígenas que tanto abundan en nuestras montañas y que fueron el último refugio de la extinguida e indomable raza indígena, entonces, se estará en posesión de tantas reliquias que bastarán para completar el Museo Nacional.

Que venga, en buena hora, el esfuerzo del Estado, cumpliendo y haciendo cumplir las disposiciones que nos obligan a velar por todo lo que debe inspirarnos devoción eterna, por ser ello reliquia solariega. Y que vengan también las corporaciones científicas como complemento indispensable para alcanzar el más completo éxito.

EPILOGO

Lector: las angustias de mi pueblo siempre han suscitado en mi espíritu hondas y naturales inquietudes, desde que discurrió mi niñez en los últimos tiempos de la dictadura del gran Ulises, hasta que vieron mis ojos exaltados, en las asonadas revolucionarias, hèroes dignos de la clásica epopeya, caer abrazados a los cañones en actitud olímpica. Todas esas angustias de un pueblo son fenómenos sociológicos que explican las diversas etapas que se suceden para conquistar la nación su bienestar anhelado. Pero éste, sin duda, no pertenece sino a los pueblos que crean una "conciencia nacional", que crean ideales colectivos, después del estruendo de las batallas cruentas.

Hay que vivir una vida digna y una vida libre. Pero hay que sugerir ideales, y esa es obra constructiva que olvidan muchos hombres de la *élite* espiritual en las repúblicas hispano—americanas. Hay que construir con la palabra y con la acción, frente a los estragos que produce la

influencia de múltiples factores en la Moral de esos pueblos explotados por hipócritas que siempre han tenido por norma los éxitos que sólo aprovechan a sus personales egoismos. La actividad inmoral de los simuladores del patriotismo, en los pueblos de la América hispana, tiene que producir frutos de maldición. Los simuladores jamás pueden representar la virtud que urje a los directores o guías de multitudes, y su obra de insinceridad o de traición ha de tener por secuela el malestar que es fruto de toda inmoralidad. No es posible buscar frente a los simuladores al hombre digno que actúa con el precioso acervo de sus virtudes constructivas, porque ese hombre es el más alto valor que inspira desdén a los simuladores. Con éstos triunfará siempre la Autocracia que hace añicos las tablas de la Ley. Con ellos triunfará la espada sobre la magestad de la Ley, y será una mentira no sólo la ley adjetiva, sino el mismo Pacto Fundamental —*la Ley de las Leyes*— en los pueblos donde sus hombres no sustentan un ideal colectivo. Ya se ha dicho que la nación no es sólo su territorio con sus fronteras, ni uno o diez millones de habitantes. La nación, como ha dicho Renán, es una agrupación de hombres, sana de espíritu y de corazón ardiente cuando crea una conciencia moral.

Los grandes progresos de la civilización son siempre realizados por una pequeña *élite* de hombres superiores. Cuando esa minoría selecta es una verdad en las democracias, èstas se hallan capacitadas para obtener su legítimo bienestar. Pero hay pueblos de la América Latina, donde no hay valores morales, ni políticos, y es cero o cantidad negativa una legión de infelices que pretenden ser estadistas, o sabihondos "jurisconsultos" o sagaces "políticos", asumiendo los gestos delatores del verdadero valor que representan en cada democracia. Infelices las democracias donde la Moral está en bancarrota, y donde ella inspira desdén a los hombres sin

pudor que actúan como directores de pueblos o de multitudes! Cuando las *élites* son inmorales, las multitudes —los rebaños— caen en el abismo que abren las manos de esos hombres que son sepultureros de pueblos.

Le Bon, fustigando a muchos pueblos hispanoamericanos, afirma que hay en ellos hombres que aún ejercen una autocracia semejante a la que ejercieron los zares de Rusia. Pero, sin duda, el cacique que aún perdura en nuestra América es la obra siniestra de las minorías dirijentes e inmorales, de esas *minorías selectas* que son el cerebro de las democracias enfermas.....

Esas minorías intelectuales que debían ser astros para iluminar el sendero que han de seguir las multitudes o pueblos, son las conciencias tenebrosas, los antros que arrojan, en nuestra pobre América, la simiente fatal de disolución. Pueblos ignorantes serían felices con minorías directoras que se inspirasen en los cánones que la Moral política y privada consagran.

La escuela debe correlacionarse estrechamente con las necesidades de la sociedad. Pero la juventud y la niñez no se transforman por las ideas que se les comunican, sino por los ejemplos que se les dan, por el espectáculo de las consecuencias de su conducta. Los sentimientos y los instintos son más fuertes que las ideas. Se forman hombres ilustrados, pero hombres incompletos, porque la escuela olvidó "al hombre para preocuparse de una sola facultad del hombre".

Y de esa escuela han surgido oradores, políticos, escritores, etc. Pero no hombres de Estado, ni directores de fábricas, ni esforzados directores de obras sociales. Los hombres fuertes, los hombres disciplinados, los que crean la vida, los verdaderos valores morales y políticos, han sido excepcionales en muchos pueblos hispanoamericanos. No han existido, las más de las veces, sino nulidades. Y nulidades engreídas que han convertido en feudos lo que debieron ser repúblicas. Así no es posible hallar la salvación

de los pueblos en los hipócritas, en los que dan las espaldas a los ideales generosos, en los audaces, en los ineptos. en quienes "los hueco hace descomunal ruido", en los falsos apóstoles, en los que se improvisan a cada instante, porque todos ellos no representan un valor positivo en las sociedades donde agitan su vida para explotar la ignorancia con los múltiples recursos que ofrecen las malas artes de la simulación. No... no se debe creer más en esos comediantes que viven en el tinglado de todas las farsas, porque ellos son los hombres mediocres que conspiran contra las virtudes civiles. Ya lo dijo José Ingenieros, el gran filósofo argentino, en uno de sus libros: «Alentando a Gil Blas», rebájase el nivel moral de los pueblos y de las razas». Y Gil Blas persigue a Stockman, porque desprovisto de alas y de penacho, es incapaz de volar hasta la cumbre, para ver aquel hombre selecto que jamás pudo mentir, ni ser "un enemigo del pueblo, en el gran drama ibsesiano.

No busquéis en la moral de Tartufo y de Gil Blas, los senderos tortuosos, y en ellos a los hombres dotados de la psicología de los Panza que llaman hereje al que persigue un ideal, ignorando quizás la famosa sentencia de Shekespeare. Por ese sendero solo veréis a Tartufo que amordaza la dignidad de cada hombre en busca de aquellos que aborrecen la perfección, y fomentan en forma siniestra, la *conjura del silencio*, contra el idealismo de los incontaminados.

Escribir un libro sobre las enfermedades sociales que amenazan la vida de estos pueblos, es una obra de patriotismo para el sociólogo que la emprenda. Hay que señalar los males, y decir aquellas verdades que todavía son un crimen en estos pueblos.

Pero es también labor de un alto nacionalismo hacer advertencias saludables como aquellas que no escasean en *Páginas Sencillas*. Hay que glorificar la virtud y eliminar las influencias

BNPHT

disolventes que nos amenazan de muerte. El autor de este libro ha cumplido con su deber de buen ciudadano, señalando errores que hay que rectificar. En verdad, hay que formar o hacer aún el futuro próspero de muchos pueblos de la América Latina. Cómo? —preguntará alguien.— Pues educando el carácter. El carácter es el *quid* del hombre; y con razón ha dicho Carlos O. Bunge, el brillante pensador argentino, ido a destiempo, que hay que atacar a la esfinge en el corozón de la esfinge.

Hay que sugerir ideales tanto abstractos como concretos, porque sólo con el concurso de esos ideales el hombre de cada pueblo de nuestra América se convertirá en Prometeo, en Icaro, en Hércules, en Júpiter.... Y mientras esos ideales no se forjen, toda aspiración de patria será imposible en las democracias hispano—americanas.

DOMINGO VILLALBA.

Santiago, Sep. 29 de 1927.

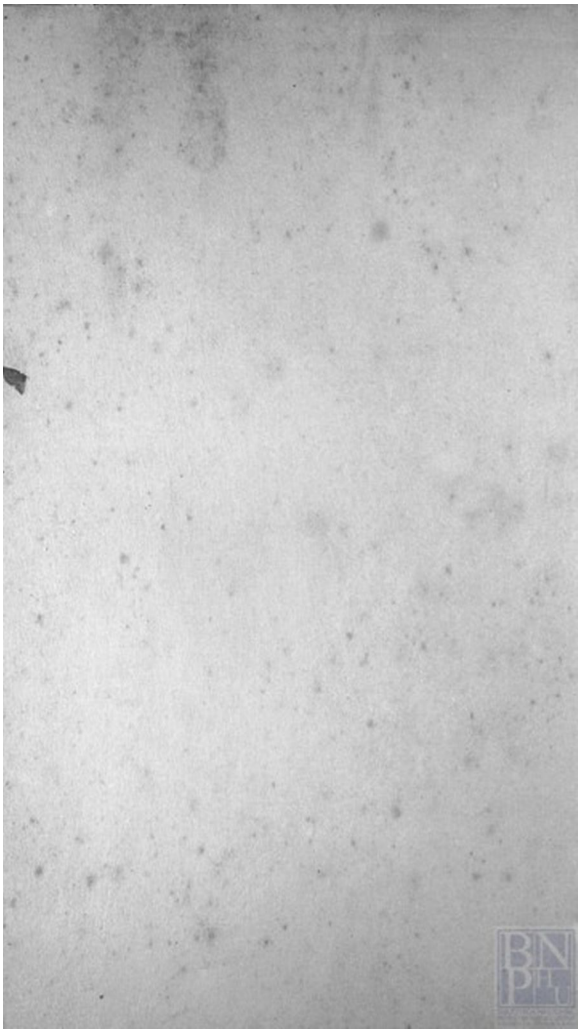
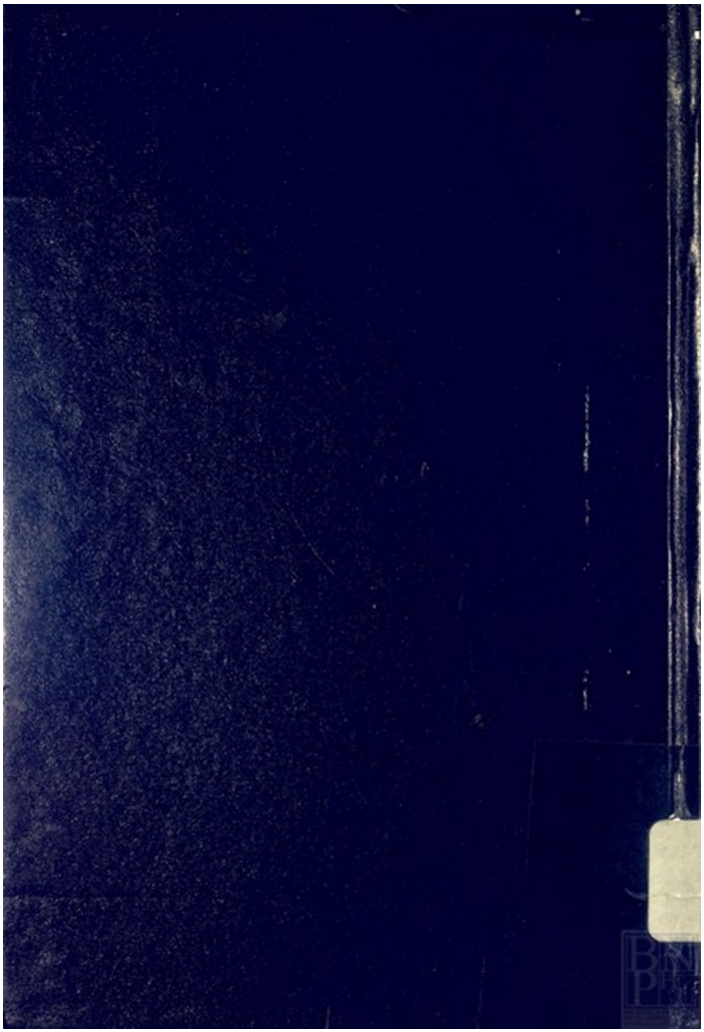
INDICE

Títulos	Páginás
Dedicatoria	3
Dos Palabras	5
Introducción	7
Las Sociedades	9
Las Madres	12
La Pedantería	14
Los Ineptos	17
La Haraganería	20
La Hipocresía	23
La Adulación	26
La Ambición	29
La Mujer Celosa	32
Las Viejas Costumbres	35
El Poder de lo Falso	38
El Niño de Hoy	41
La Manía del Fiado	44
La Educación	50
La Religión	53
El Juego de Azar	56
El Alcohol	59
La Prostitución	62
Las Modas	65
Anarquía Profesional	68
El Analfabetismo	71
El Cosechero de Tabaco	74
El Interés Legal	77
La Agricultura	80
Ayer y Hoy	83
El Periodismo	86
Halagos y Vanidades	89
Nuestras Iglesias Antiguas	92
Comercio de Antigüedades	95
Sociedades Científicas	97
Epilogo	100

BNPHU

DEL MISMO AUTOR

RELIQUIAS HISTORICAS

(EN PREPARACION)

BNPHU